Comedias



...ONIO ESTREMERA. Caricatura de TOVAR

J. VELA y R. M. MORENO

La locura de Ernestina

Todo el año es carnaval o Momo es un carcamal

J. SILVA ARAMBURU y J. L. MAYRAL

8

50 céntimos.

NUM. 65 14 DE MAYO DE 1927 AÑO II

COMEDIAS

REVISTA SEMANAL

Rodríguez San Pedro, 26 MADRID Apartado 8.036

Talleres Poligráficos, S. A., Ferraz, 72.—Madrid.

JOAQUÍN VELA y RAMÓN M. MORENO

TODO EL AÑO ES CARNAVAL

O

MOMO ES UN CARCAMAL

FANTASÍA HUMORÍSTICA EN UN ACTO, DIVIDIDO EN CUATRO CUADROS Y UN «SKETCH», EN PROSA Y VERSO

Estrenada, con gran éxito, en el teatro de Novedades, en la noche del 23 de Marzo de 1927.

MÚSICA DEL MAESTRO

ERNESTO ROSILLO

REPARTO

LA LOCURA, SEGUNDA, CONSERJE DE INSTRUCCION, SERPENTINA, INDIA, CHARLESTON, LA NIÑA CITROEN, LA COCAINA, EL APACHE, BALBINO, LIBORIO, NICEFORO, CHAMBELAN, CONSEJERO DE FESTEJO, BAILE DE MASCARA, CONSEJERO DE GRACIA, EL CONFETTI, MOMO, EL TIO SAM, EL POLLO CHARLESTON, CHAMBELANES, INDIAS, DAMAS, JARDINERAS, ESPAÑOLAS, ETCETERA, ETC.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

UNA BROMA DE CARNAVAL

Telón corto, que representa la fachada del teatro de la Zarzuela la noche del martes de Carnaval. A cada lado de la puerta entrada, un practicable simulando las carteleras del coliseo con el anuncio del baile de máscaras; ambos practicables, cubiertos por forillos que juegan a su tiempo. Una de las puertas del teatro, practicable también.

Al levantarse el telón, BALBINO, que es un elegante y enchisterado cochero de un casino madrileño, trata inútilmente de entrar en calor, haciendo como que baila un charlestón en medio de una tiritona que parece un ataque epiléptico. Algunas máscaras cruzan la escena y otras entran en el baile.

BAL. *(Canturreando y bailando.)*

¡Esta danza neoyorquina!,
¡quina!, ¡quina!, ¡quina!

(Cesando el baile y el cante.) Dicen que esto va al pelo pa entrar en calor, pero yo, ni por esas... ¡Tengo el cuerpo, que me visita la gripe y se tié que traer bufandas! *(Vuelve a cantar y bailar.)*

¡Esta danza neoyorquina!,
¡quina!, ¡quina!, ¡quina!

SEG. *(Dentro, voceando con voz cansina.)* ¡«Heraldo»!... «¡La Voz»!... «¡Informaciones»!... *(Sale por la izquierda, soplándose los dedos, y con unos periódicos bajo el brazo. Es una mujer de edad entre los veinte y los sesenta años. Viste pobremente.)* ¡«Heraldo!»... ¡La!... ¡La!... *(Aparte.)* (¡Na, que no me sale la voz del cuerpo!... ¡Camará, qué nochecita!) *(Patalea también, como Balbino, dando la impresión de que baila.)*

BAL. *(Reparando en ella.)* ¡Caray! Ya tengo pareja pa el charlestón. *(Va hacia ella.)* Oiga, joven; quizá que agarrándose diera mejor resultado este sistema de calefacción.

SEG. *(Se vuelve y le reconoce.)* ¡Anda!... ¡Pero si es el señor Balbino!

BAL. ¡La Segunda!

SEG. ¿Qué hace usté aquí?

BAL. Pues, ya lo ves; que le tengo echao el anzuelo a una pulmonía, y la voy a pescar de un momento a otro.

SEG. ¿Tié usté frío? Pues júntese conmigo.

BAL. *(Abrazándola.)* ¡A las tres!... ¡Cíñete lo que puedas!...

SEG. *(Rechazándole.)* ¡Eh!... ¡Señor Balbino; que pa eso ya tié usté a la Paca!

BAL. *(Transición brusca. Con gesto trágico.)* ¡Me has matao!

SEG. *(Sorprendida.)* ¿Es que ya no está usté con ella?

BAL. ¡Ojalá! *(Confidencial y quejumbroso.)* ¿Tú sabes a quién tié al lao la Paca en estos momentos?

SEG. *(Pasándose de lista.)* ¿A Damaso, el frutero?... ¡Ya me había yo maliciao algo!

BAL. *(Digno.)* ¡Eh, poquito a poco, que con la vergüenza que le sobra a la Paca tenéis toas las del barrio pa vivir decentemente!... *(Suavizándose.)* La que está ahora con mi agregá es la comadrona.

SEG. *(Asombrada.)* Pero, ¿otra vez, después de nueve chicos? ¡Pues le ha caído a usté la lotería!

BAL. ¡Si quieres, te regalo el décimo! *(Desesperado.)* ¡Maldita sea mi suerte!

SEG. Amos, que no es pa tanto, señor Balbino, porque ahora el Gobierno ayuda a las familias numerosas.

BAL. Me han dicho que no tengo derecho, porque de toos los chicos, no son míos mas que cuatro.

SEG. Entonces, ¿de quién son los otros?

BAL. No sé; fué la dote que trajo la Paca cuando nos juntamos.

SEG. ¡Y eso que le sobra la vergüenza!

BAL. ¡¡Segunda!!

SEG. No; si yo la aprecio... La prueba es que ahora me voy pa su casa a ver si «nesecita» algo.

BAL. Oye, sí; y mándame recao, que estoy en ascuas.

SEG. *(Iniciando el mutis.)* ¿Va usté a estar aquí mucho rato?

BAL. Tú verás; he traído al baile a un pelmazo del Círculo, y me ha dicho que, cuando lo saquen, de madrugá, lo lleve a Bola, 32.

SEG. Pues hasta luego, entonces. *(Vase por la derecha.)*

BAL. Anda con Dios... *(Gritándola.)* ¡Ah, y no le digas a la Paca que te he abrazao, que a lo mejor «s'afezta»!... *(Pausa.)* Bueno; ahora, a seguir haciendo el oso polar. *(Vuelve al pataleo para quitarse el frío. Pausa. Decidido.)* ¡Ea! ¡Se acabó! Yo me cuelo en la tasca de ahí enfrente con una leandra de plomo que tengo pa un dije, a ver si no se fijan... *(Como si hablara con el caballo, que se supone dentro.)* ¡Sooo! ¡No te muevas, galán, que vuelvo deseguía!... *(Se dispone a hacer mutis por la izquierda, al tiempo que, por dicho lado, entran Nicéforo y Liborio. Estos son dos apreciables horteras que se han disfrazado de segundas tiples en traje de calle. Sus vestidos son hasta elegantes, sin que les falte el menor requisito. Llevan caretas.)* ¡Mi

madre, qué gachises! *(Se ladea la chistera chulescamente. Arrepintiéndose, pasa por el lado de ellos, y les dice, echándoles una mirada asesina.)* ¡Ay, si, en vez de cochero, fuá yo chofer..., esta noche nos estrellábamos juntos! *(Vase. Liborio y Nicéforo se quitan los antifaces.)*

LIB. *(Satisfechísimo.)* ¿Has visto? ¡Otro que ha picao!

NIC. Es que vamos que no nos falta detalle.

LIB. Como que nos ve Campúa y nos contrata pa los esquetes de Romea.

NIC. ¡Has estao güeno! *(Le da un azote en el trasero y se lastima.)* ¡Ay!

LIB. Oye, tú; que me chafas los «atraztivos».

NIC. ¡Camará! ¿Qué llevas ahí?

LIB. El jamón.

NIC. ¡Haber avisao!

LIB. La que me está haciendo daño es la botella de N. P. U. que traigo aquí. *(Señalándose el estómago.)*

NIC. No me hables, que se me ha bajao el moscatel y tengo los riñones hechos cisco.

LIB. Pues vamos pa dentro, no sea que se den cuenta de que en vez de dos máscaras entran dos despensas. *(Se dirige hacia la puerta del teatro.)*

NIC. ¡Espera un poco, tú; que me se cae la tetera! *(Echándose mano al pecho.)* ¡Y está llena de coñac!

LIB. ¿Pa qué te la pones ahí?

NIC. ¡Me ha parecío el sitio indicao! *(Liborio le ayuda a colocarse el contrabando. En este momento vuelve Balbino por donde se fué, mordiendo, indignadísimo, la peseta falsa.)*

BAL. ¡Maldito sea! ¡Y luego dicen que en Carnaval too pasa! *(Tira la peseta al suelo, con rabia.)*

NIC. Date prisa, que viene gente.

LIB. *(Mirando.)* Es el auriga de antes.

NIC. Fíjate en él, que me ha parecío que se daba un aire al señor Balbino.

LIB. Aguárdate. *(Se pone un antifaz y se acerca a Balbino, que está echando chispas. Con voz de tiple ligerísima.)* ¡No me conoces!... ¡No me conoces!

BAL. ¡Ni maldita la falta que me hace!

LIB. *(Con voz natural.)* ¡Rediez, señor Balbino, qué mal genio tié usté!...

BAL. *(Sorprendido.)* ¿Eh?

LIB. *(A Nicéforo.)* Ven p'acá, que sí que es. *(Se quita la careta.)*

BAL. *(Reconociéndolos.)* ¡Mi madre! ¡Pero si son los gachós que cortan el bacalao en ca Cipriano Rojo, Comestibles finos!

LIB. Liborio...

NIC. Y Nicéforo, pa servirle.

BAL. Pues daís el pego al más pintao... ¡Vaya exuberancias!

LIB. *(Dándose pisto.)* ¡Plasticida anatómica que uno posee!

BAL. Bueno; habéis exagerao la nota demasiao, porque esto... *(Señalando las protuberancias de Nicéforo.)* no es natural.

NIC. Pues sí que lo es, porque en los bailes tié too un precio tan elevao, que nos hemos traío la cena convertía en redondeces.

BAL. Entonces, esto... *(Toca a Liborio.)*

LIB. Esto es jamón serrano.

BAL. Y esto... *(Idem a Nicéforo.)*

NIC. Esto es mortadela. *(Se levanta las faldas, y rodeándole la cintura, puede verse un chorizo, un salchichón y algunas botellas.)*

BAL. Dame un cacho.

NIC. No; que me estropea la silueta. Si quié le doy una botella.

LIB. Y yo otra. *(Se levanta las faldas.)*

NIC. *(Entregándosela.)* Moscatel.

LIB. *(Idem.)* Ahí va, N. P. U.

BAL. *(Encantado.)* ¿No tenéis na nutritivo?...

NIC. ¡Pobre hombre! *(A Liborio.)* Dale el pecho.

LIB. *(Resistiéndose.)* Pero, ¿y la línea?

NIC. No te apures, que ahora está de moda la mujer tabla.

LIB. Tiés razón. *(Se saca del escote un trozo de pavo trufado y se lo da a Balbino.)* Pavo trufao.

BAL. *(Alegrísimo.)* ¡Cuando yo decía que estábais pa comeros!...

NIC. *(A Liborio.)* Bueno, tú; que va a ser la hora.

BAL. Sí, andar a divertiròs, ¡y un porción de gracias!

LIB. Vamos a hacer una entrada triunfal. Arremángate la falda como una «midinete francaise».

NIC. *(Adoptando una postura graciosa.)* ¿Así?

LIB. ¡Superior! Ahora..., evolución y mutis. *(Se cogen de la cintura y entran en el baile cantando y bailando cómicamente.)*

BAL. Pa estos es la vida. *(Contemplando las provisiones.)* ¡Quién me iba a decir que esta noche iba yo a tener calefacción central!... *(Se dispone a echar un trago, pero en este instante suena dentro la voz de Segunda llamándole fuertemente.)*

SEG. *(Dentro.)* ¡Señor Balbino!... ¡¡Señor Balbino!!...

BAL. ¡Santa Bárbara bendita!... ¡El trueno gordo!...

SEG. *(Por la derecha, viene corriendo, sudorosa y jadeante.)*

BAL. *(Anhelante.)* ¿Qué ha pasao?

SEG. *(Casi sin poder respirar.)* A... aguarde usté, que traigo el corazón que es el motor de un ford... *(Suspira fuerte.)* ¡Ay!... *(Tranquilizada en parte.)* ¡Es usted el hombre de la suerte, señor Balbino! ¡Que sea enhorabuena!

BAL. *(Esperanzado.)* ¿Era hidropesía?

SEG. ¡Qué va! Era lo otro. ¡Y con ganas de vivir! ¡Qué modo de berrear!...

BAL. ¡Pues sí que es suerte! *(Resignado.)* Y, ¿qué ha sío, chico u chica?

SEG. ¡Las dos cosas!

BAL. ¿Un fenómeno?

SEG. *(A prudente distancia.)* No, señor. ¡Dos gemelos!

BAL. ¡¡Ah!!... *(Este ¡ah! es una especie de rugido de tigre furioso.)*

SEG. No se apure usté, que ya tengo pensao cómo se van a llamar: Simón el chico, y Manuela la peque.

BAL. ¿Y pa qué esos nombres?

SEG. ¡Hombre, a ver si hay alguien que les quiera dar una carrera...

BAL. *(Con mirada fiera y voz reconcentrada de asesino de melodrama.)* ¡Desgraciaa!... ¿Has tenío valor pa darme la noticia?... ¡Y encima te chufleas!

SEG. *(Esquivándole, asustadísima.)* ¡Pero, señor Balbino!

BAL. ¡Es inútil que huyas! *(Furioso y amenazador.)* ¡Ven aquí!

SEG. *(Aparte.)* (¡Se ha vuelto loco!) Ahora, no; que me han dicho en su casa que vaya deseguía. *(Ha ido retrocediendo y dice lo que sigue casi junto a la caja.)* Porque la comadrona cree que aún pué haber sorpresa.

BAL. *(En otro rugido, y dando un salto hacia ella.)* ¿Eeeh?...

SEG. *(Dando un chillido y desapareciendo velozmente.)* ¡Ay! *(Mutis rapidísimo por la derecha.)*

BAL. *(Pausa. Queda como petrificado en el centro de la escena, y, no sabiendo cómo desatar su cólera, se da el mismo dos bofetadas. Al fin, maquinalmente, echa mano a un bolsillo, saca una botella y bebe un largo trago satisfecho.)* El que dijo que el vino quita las penas era un experimentao... Ya veo las cosas de otro modo. *(Bebe.)* ¡Esta botella me ha salvao la vida! *(La besa y lee la etiqueta.)* «N. P. U.» ¡Claro! Ella misma lo dice: «No palme usté» *(Bebe otro trago y empieza a perder el centro de gravedad.)* Pero ¡hay que ver lo obtusas que son las mujeres!... Sabe la Paca que no tengo camisa que ponerme, ¡y me larga dos gemelos!... *(Empezando lentamente a nublarse las luces.)* Pero, ¿qué es esto, que se me borra la vista?... *(Bebe de nuevo. Se hace más densa la oscuridad.)* ¡Na, que no veo ni gota! *(Volviendo la botella, que está ya vacía.)* ¡Ni gota! *(Tira

la botella y se tambalea completamente borracho.) Bueno, yo creo que la Segunda me ha gastao una broma de carnaval... Sí, porque... el... la... *(Se hace el oscuro total.)* ¿Eh? ¿Pero qué es esto?... ¡No veo na!

MÚSICA

LOC. De la corte del dios Momo
vengo en busca de un mortal,
cuyo alegre regocijo
mis tristezas curarán.

BAL. Ya la he cogido.
No cabe duda.
¡Vaya cogorza
monumental!

LOC. y CHA. No tengas miedo.
Ven con nosotros
y un paraíso
encontrarás.

L. TRES. De la corte del dios Momo
vengo en busca de un mortal,
cuyo alegre regocijo
mis tristezas curarán.

LOC. De Momo soy la esposa desgraciada
por ser el pobre viejo y achacoso,
y busco en tí la dicha deseada
que no he gozado nunca con mi esposo.

BAL. ¡Así son las mujeres de tronío!
¡Caray, vaya mujer despampanante!
¡Y está, que si con gracia la sonrío,
que quita para siempre del pescante!

LOC. Ven pronto, ven,
sin vacilar;
serás el rey
del carnaval.

BAL. Pues si «quiés» que nos marchemos
nos marchamos a las tres.

LOC. y CHA. Me parece que acertamos,
pues alegre, sí que es.

LOS TRES. ¡Marchemos todos a gozar
del carnaval!

Juegan los practicables correspondientes a las carteleras, en cuyos huecos, iluminados, aparecen la Locura y el Chambelán. Aquélla, esposa del dios Momo, es una señora «cañón», viste tra-

je fantástico de locura. Ambos bajan a escena invitando a Balbino a seguirlos al reino del Carnaval. Terceto cómico. Termina haciendo los tres un mutis muy animado a compás de la música, mientras cae el

TELÓN.

CUADRO SEGUNDO

LA MEMEZ DE MOMO

Decoración fantástica a todo foro, que representa el salón del trono del dios Momo, decorada con motivos y alegorías del Carnaval. A la izquierda, sobre unas gradas, y bajo un dosel, dos suntuosos sillones. A la derecha, gran ochava, cubierta por una cortina, que, al descorrerse, dejará ver una pequeña cámara con grandes ventanales. Mucha luz en escena.

Al levantarse el telón ocupa uno de los sillones del trono la Locura, rodeada de toda la corte carnavalesca: colombinas, pierrots, arlequines, polichinelas, etc. Cuatro o seis chambelanes ocupan puesto de honor en las gradas del trono.

MÚSICA

INDIA 1.ª Cierto virrey
gallardo, rico y galán,
me enamoró
y me nombró
su capitán.
Por mi valor
me llaman «el triunfador»,
pues al luchar
sé guerrear
con ciego ardor.
¡Nadie mi fe
podrá rendir
porque juré
por él morir!

TODOS. Cierto virrey
gallardo, rico y galán,
la enamoró
y la nombró
su capitán.

INDIA 1.ª Mi rival jamás venció

que el amor mi lema es
y en su fuego se templó
el acero de mi arnés.

TODOS. Por su audacia y su valor
es inmenso su poder,
que en la guerra del amor,
la que vence e sla mujer.

INDIA 1.ª Al corazón
mis dardos sin compasión
suelo apuntar
y disparar
con decisión.
Por ley fatal
mi golpe es siempre mortal,
pues al luchar
sé guerrear
con ciego ardor.
De aquel virrey
la esclava soy.
Su estrella va
por donde voy.

TODOS. Al corazón
sus dardos sin compasión
suele apuntar
y disparar
con decisión.

INDIA 1.ª Mi rival jamás venció
que el amor mi lema es
etc., etc., etc.

Cantado. Breve intervención del coro, que trata de distraer a la Locura; pero la reina está neurasténica y se aburre.

RECITADO SOBRE LA ORQUESTA

CHAM. ¿Os sentís ya mejor, reina y señora?

LOC. No, por cierto, querido Chambelán. El fastidio mortal que me devora, vuestras artes curar no lograrán...

CHAM. Sin embargo, veremos si os fascina, con sus danzas, un indio americano, la sugestiva guardia femenina que traje para nuestro soberano.

Hace una seña. Oscuro y foco. Cantando. Por la derecha, primer término, salen las indias, vistiendo trajes caprichosos y ligeros. Cantan y bailan el número. Al terminar, quedan en segundo término.

CHAM. Pero, ¿aún sufrís?

LOC. ¡Ay! Tengo oculto en mi pecho un tesoro de amor... ¡Pero Momo es tan viejo!

CHAM. *(Asintiendo.)* Nuestro dueño y señor está muy decaído...

LOC. ¡Pero yo soy hermosa
y joven, y estoy fuerte!... ¡Necesito gozar,
y vivir, y reír..., y ser, en fin, dichosa!...

CHAM. Os comprendo, señora: ¡necesitáis amor! *(Confidencialmente.)*

Mas, ved que no es prudente
que se entere la gente
de cuál es vuestro mal.

LOC. ¡Es verdad!... *(A la corte.)* ¡Cortesanos!
¡Id a besar las manos
del rey del Carnaval!...

Bis en la orquesta. Todos, tras una profunda reverencia, vanse por distintos lados. Quedan en escena: La Locura, Chambelán 1.° y Chambelanes, éstos a respetuosa distancia.

LOC. *(En tono de gran misterio al Chambelán 1.°)* ¿Y el mortal que trajimos de la tierra?...

CHAM. *(Señalando a las cortinas.)* Duerme en esa cámara.

LOC. *(Ilusionada.)* ¿Sí?... ¡Quiero verlo! *(El Chambelán se inclina y descorre los cortinajes, apareciendo la cámara descrita. Sobre una cama ronca Balbino, vestido igual que en el cuadro anterior. Un rayo de sol ilumina su figura. La reina junta las manos admirada.)* ¡Oh! ¡Es bello, como Apolo! *(Al Chambelán.)* Necesito hablar con este hombre. Vas a despertarlo en seguida, pero dulcemente..., muy dulcemente. ¡Y con todo respeto! No olvidéis que es el futuro rey del Carnaval.

CHAM. *(Inclinándose.)* Como mandéis, señora. *(Se dirige hacia él.)*

LOC. No; espera. No quiero que me vea tan pronto... *(Coqueta.)* Necesito arreglar un poco mi tocado para deslumbrarle... Entretanto, tú le despiertas. *(El Chambelán vuelve a inclinarse. La Locura inicia el mutis por la derecha, primer término.)* Con mucha dulzura, ¿eh?... ¡Con mucha dulzura!...

CHAM. *(Indignado, haciendo un ademán de amenaza a Balbino.)* ¡Si no me jugara el cocido!

BAL. *(En sueños.)* ¡No!... ¡Otro chico, no!... ¡Esto no es fundar una familia!... ¡Es poner una cantina escolar!

CHAM. *(Tocándole suavemente.)* Señor, despertaos... ¡Es la hora!

BAL. *(Sigue durmiendo y soñando.)* ¡La Segunda morirá a mis manos!...

CHAM. ¡Es un asesino!... ¡Yo le quito el sueño! *(Saca una campanillita del bolsillo y la suena con fuerza. Viendo que Balbino no se inmuta, vuelve a sonarla.)*

BAL. *(Con naturalidad.)* ¡Paca! ¡El panadero! *(Pausa. Abre los ojos, y al ver al Chambelán, se incorpora bruscamente.)* ¿Eh?... Pero ¿ande estoy?... ¿De ande sale esta caricatura de persona? *(Se pellizca y se abofetea, creyendo que sigue soñando.)* Esto es «efezto» del N. P. U. *(Vuelve a abofetearse.)* ¡Caray!... ¡Pues debo estar despierto, porque me duele!

CHAM. *(Reverencia exageradísima.)* ¡¡Señor!!

CHAMBES. *(Idem.)* ¡¡Señor!! *(Balbino mira a todas partes, buscando a alguien.)*

CHAM. *(El mismo juego.)* ¡¡Señor!!

CHAMBES. ¡¡Señor!!

BAL. ¡Ah! Pero ¿es a mí? *(Se mira de arriba abajo.(* ¿A mí?

CHAM. Naturalmente.

BAL. *(Encarándose con él chulescamente.)* ¡Miau!...

CHAM. *(Retrocede, asombrado.)* ¿Eh?...

BAL. *(Amenazador.)* Si quié usté ejercitarse en el pintorreo, busque un miembro de su distinguida familia, que un servidor está vacunao.

CHAM. *(Muy serio.)* Soy solo en el mundo, señor.

BAL. *(Indignado.)* ¡Bueno! ¡He dicho que se ha terminao el choteo! Conque, amos a ver: ¿ande estoy?

CHAM. En el palacio del dios Momo, rey del Carnaval.

BAL. *(Sorprendido.)* ¡Ah!, ¿sí?... Balbino, recapacita... *(Tratando de coordinar sus recuerdos.)* Yo estaba a la puerta de la Zarzuela... De pronto se me apareció una visión... ¡No! ¡Dos visiones! *(Animándose al recuerda de La Locura.)* Por cierto, que una de ellas era una gachí de alivio, que me echó una mirá como diciéndome: «¿Qué me has dao? ¡Ladrón!» *(Entusiasmado.)* ¡A ver! ¿Ande está? ¡Que me la traigan!...

LOC. *(Presentándose por donde se fué.)* ¡Aquí me tienes!

CHAMBES. *(Reverencia.)* ¡¡Señora!!

BAL. *(Entusiasmado.)* ¡Mi madre, qué señora! *(Muy chulo.)* ¡Ole ya los monumentos arquitectónicos!

LOC. *(Acariciándole, y con voz mimosa.)* ¡Balbino!

BAL. ¡Y me barbillea! ¡¡La caraba!!

Dueto cómico con la cooperación de los Chambelanes. Chotis

BAL. (¡Vaya socia!)
LOC. ¡Dueño mío!
BAL. (¡Yo su dueño!)

CHAM. ¡Qué frescura!
LOC. ¡Tú sabrás curar mi hastío!
CHAM. (¡Está loca la Locura!)
LOC. Es mi esposo tan anciano,
que me aburro y desespero.
BAL. (¡Esta socia está en tu mano!
¡Tira p'alante, cochero!)
Si busca usté alegría,
yo se la puedo dar.
LOC. Que tú me la darías,
jamás llegué a dudar.
BAL. Yo la voy a usté a curar
al estilo de *Madrí*
al estilo de *Madrí.*
Venga p'acá
cíñase aquí.
(¡Ay, qué curvas tiene la gachí!)

CHOTIS

BAL. ¡Vaya gachí!
¡Qué bien está!
¡La diño aquí!
¡Venga d'acá!
En el franco y la Bombilla
soy el médico indicao pa las señoras
y les sienta de perilla
si están malas, agarrarse a mí unas horas.
LOC. Ya me siento mejorada;
por lo visto, es infalible tu receta...;
¡pero voy medio aplastada!
BAL. (¡Yo hincho sin dudar con estas tretas!)
¡Ay, que me embeleso!
¡Cíñete al asunto!
(La gachí es de peso
y no se encuentra un hueso
en todo su conjunto.)
CHAM. ¡Es un punto!
LOC. ¡Ay, qué medicina!
¡No me des más tomas!
¡Mira que la indina
me atonta y me fascina
y no estoy para bromas!
CHAM. ¡El medicamento
es ya mucho engorro!
¡Yo no lo consiento,

pues este tratamiento
me está poniendo el gorro!
¡Sudo a chorros!

LOC. y BAL. ¡Ay, que me me mareo!
toma
medicina...
dame
¡y eso que preveo
que, o cesa ya el jaleo,
o voy hacerme harina!

BAL. ¡Vaya calor!
¡Esto es sudar!
¡Qué incrustación!
¡Va *laminá!*

HABLADO.

LOC. *(A los Chambelanes.)* Retiraos, quiero hablar a solas con el mortal.

CHAMBES. *(A ella, reverencia.)* ¡¡Señora!! *(A él.)* ¡¡Señor!!

BAL. *(Empujándoles.)* ¡Agüecar, pelmazos! *(Vanse los chambelanes, primera izquierda. Pausa. Mira a la reina con gesto de entusiasmo.)* ¡Ay, qué curvas! Y el caso que no he tenido tiempo de comprobar si son naturales. La voy a dar otro achuchón pa cerciorarme.

LOC. *(Mimosa.)* ¿Has descansado del viaje?...

BAL. *(Finge ponerse malo.)* ¡Sí...!, ¡digo, no!... ¡Ay!... ¡Ay, que se me va la cabeza! ¡Ay, que me mareo! ¡Aaay, que todo me rueda! *(Da un traspiés y se derrumba sobre ella, abrazándola a su placer.)*

LOC. *(Asustada.)* ¿Qué es eso? ¿Qué tienes?... ¡Estás pálido..., rígido!

BAL. *(Refiriéndose a las cosas que tiene abrazadas.)* ¡Es natural!... ¡Naturalísimo!

LOC. ¿Qué es lo natural?...

BAL. *(Aprovechándose de lo lindo.)* El... la... la rigidez..., la palidez..., la dejadez... *(Aparte.)* (¡Es una señora de una vez!)

LOC. *(Acariciándolo.)* ¡Pobrecillo!... Comprendo tu emoción. La sorpresa ha sido grande para ti.

BAL. Mucho. *(Dejando caer una mano por detrás de ella.)* Yo no me esperaba un... una sorpresa de este tamaño...

LOC. *(Separándose.)* Tranquilízate. Cuanto te sucede es obra mía. Mi esposo, el dios Momo, se encuentra ya muy viejo..., muy cansado..., ¿comprendes?

BAL. *(Con picardía.)* ¡Un rato largo!

LOC. De año en año su decadencia es mayor, y, como no

tenemos hijos que hereden el trono, he bajado a la tierra a buscar heredero, ya que todos nuestros súbditos han perdido el buen humor que es indispensable para ser rey del Carnaval.

BAL. *(Impaciente.)* Bueno, ¿y qué?

LOC. *(Insinuante.)* Que en la tierra había un hombre joven, guapo, vigoroso, que, con once hijos y sin dos pesetas tomaba la vida en broma, y pensé al verle: «¡Es mi hombre!»... Y nos presentamos a ti, y te hemos traído..., ¡y tú serás el heredero de Momo!

BAL. *(Entusiasmado.)* ¡Olé mi cuerpo! ¿Yo rey? ¡Viva la república!

LOC. *(Loquita por sus pedazos. Aparte.)* (¡Qué alegre es!) Y dime, ¿cómo te llamas?...

BAL. Balbino García y Criado; García, por mi padre, y Criado, por mi madre.

LOC. *(Deshecha.)* ¡Balbino!... ¡Qué nombre tan bonito! ¡El príncipe Balbino! Cae bien, ¿verdad?

BAL. ¡Mejor que el aguardiente en ayunas!

LOC. *(Insinuante.)* Y, dime, Balbino: ¿Será posible que tu alegría y tu juventud me curen el hastío que la vejez y la tristeza de Momo me proporcionan?...

BAL. *(Digno.)* La duda ofende, prenda.

LOC. ¿Y me darás también un poco de amor con los encantos de tu regocijo?...

BAL. *(Abrazándola.)* ¡Yo te doy cuanto soy: mis encantos y mi amor!...

LOC. *(Aparte.)* (Lo dicho: ¡Es mi hombre!) *(Se separa.)*

BAL. ¿Ande vas?

LOC. ¡Calla!... Mi esposo va a venir de un momento a otro... Oigo que se acercan sus Consejeros de Estado... *(En este momento irrumpen en escena bulliciosamente: el Baile de máscaras, el consejero de Instrucción, el consejero de Gracia y el consejero de Festejos. El primero viste un frac, a ser posible, fantástico, y sombrero de copa, todo en desorden, porque está borracho; sopla constantemente en un matasuegras que lleva. El consejero de Instrucción es una señorita: viste una* toilette *inverosímil, pues apenas lleva media cuarta de tela todo el traje. El consejero de Festejos, traje fantástico y chillón. El consejero de Gracia es el tipo clásico de los castizos sevillanos: chaquetilla corta, pantalón abotinao, camisa rizada, sombrero ancho, etcétera. Los cuatro personajes entran en escena cogidos del brazo, a modo de comparsa, bailando y cantando con gran algazara.)*

TODOS. ¡Ay, chíbiri, chíbiri,
chíbiri!
¡Ay, chíbiri, chíbiri,
chon!

Dan unos saltitos a compás y quedan los cuatro en una postura cómica.

BAL. Pero ¿ande va esta comparsa?

LOC. Van a asistir a la recepción de hoy.

BAL. ¡Pues creí que iban al entierro de la sardina! *(El Baile de máscaras sopla en el matasuegras y le da en las narices a Balbino.)* ¡Caray! Y este gachó tan festivo, ¿qué pito toca?...

LOC. Es el baile de máscaras.

BAI. *(Tambaleándose.)* Sí, señor; Canciller mayor del reino. ¿Usted no tenía el honor de conocerme?...

BAL. Ni a usted ni a sus «cólegas». *(Con acento en la o.)*

TODOS. *(Rodeándole.)* ¿No me conoces?... ¿No me conoces?...

LOC. Formalidad, señores; que estáis delante del heredero de Momo.

TODOS. ¡Ah! *(Reverencia. Balbino se pasea muy ufano.)*

LOC. Presentaros a él.

INST. *(Avanza hacia Balbino, muy coqueta.)* Yo estoy encargada de la instrucción pública, y a la vista está que me dedico a la enseñanza. Enseño todo lo que me dejan; pero donde más me luzco es dando lecciones de galantería y de educación.

BAL. *(Comiéndosela con los ojos.)* ¡Ya se ve que es usted una señora de muy buenas formas!

INST. *(Avanza hacia Balbino muy coqueta.)* Yo estoy encargado de organizar todas las fiestas que se celebren en el país.

LOC. Y a propósito; ¿has pensado ya la fiesta de mañana?

FEST. No he tenido tiempo. Estoy muy ocupado estudiando el modo de implantar el juego obligatorio.

BAL. ¡Vaya un gachó!

FEST. Al principio, esto parece una barbaridad; pero yo estoy convencido de que el mundo es una timba muy grande y en él todo es cosa de juego.

BAL. ¿Todo?

FEST. Fíjese usté: ¿en qué se funda la vida? En el amor, ¿no? Bueno; pues en el amor caben todos los juegos. *(Todos demuestran gran interés.)*

BAL. A ver, a ver...

FEST. El amor, entre novios, es un juego de cartas, que se convierte en el cine en un juego de manos, y el día de la boda, en un juego de azar.

BAL. ¿Y si no hay boda?

FEST. Se suprime el azar, porque el novio juega con ventaja y ha dado el pego.

BAL. Hombre, tomándolo así...

FEST. Conquistar a una mujer guapa es jugar al mus: en-

vida usté a la chica, y si ella quiere, se apunta usté una porque sí. Las niñas cursis juegan a la brisca, porque todo se vuelven señas. Con las ricas se juega al asalto; con las cocottes, al subastado; las pobres y feas hacen solitarios; y si un viejo se enamora de una niña, juega al burro.

LOC. ¿Y si se casa el viejo?

BAL. Al giley, con baraja francesa.

LOC. ¿Y cuando la mujer se cansa del marido?

FEST. Tercia un punto nuevo y, si al marido no le importa, empieza el tresillo.

LOC. ¿Y si le importa?

BAL. ¡Dominó!

FEST. Ni más ni menos, la vida sería imposible sin la baraja. ¿Cuándo hay alegría? ¡Cuando hay copas! ¿Cuándo hay toros? ¡Cuando hay espadas! Y como oros son triunfos, no importa que muchos ricos sean bastos. ¡He dicho!

BAL. ¡Chócala, que has estao güeno!

LOC. Ahora vas a conocer al Consejero de Gracia: un castizo que hemos traído de Andalucía.

GRA. *(Avanzando más chulo que un ocho duplicado.)* Servidorito. Lo más juncal de Triana. Cantaor y tocaor flamenco, aunque le parezca raro.

BAL. ¡Hombre! Habiendo en el Consejo una mujer, es lógico que tengan un tocador.

GRA. ¡Juy, qué tío! *(El Baile le da otra vez con el matasuegras y Balbino le mira un poco mosca.)*

BAL. ¿Y usté qué hace, se pué saberse?

GRA. ¡Casi na! He puesto en coplas too er Código penal.

BAL. ¡Atiza!

GRA. Sí, señó. Yo lo perdono too cantando. Pa mí no hay criminales habiendo coplas. ¿Que un gachó apiola a su novia porque le ha jecho una charraná? Artículo 133. *(Cantando bajito.)*

No castigues al que mata
a la mujer que quería;
gorpe que se da al amor
nos duele toa la vía,
¡aaay!,
y no hay castigo mayor.

TODOS. *(Entusiasmados.)* ¡Oooolé! *(Balbino le tira la chistera.)*

GRA. *(Saluda muy flamenco.)* ¡Estimando! Pues ar que roba se le aplica el artículo 28. ¡Allá va! *(Como antes.)*

Aunque te roben la hasienda
no castigues ar ladrón;

qu'es más delito y no hay pena
pa er que roba un corasón.

TODOS. ¡Oooolé!

BAI. *(Entusiasmado, besándole la frente.)* ¡Llorando estoy! Señores: vamos a deliberar al Consejo, y allí, con unas cañas de manzanilla, seguiremos oyendo a este coloso. *(Vase dando traspiés y cantando muy mal.)* «¡No castigues al que mata..., aaa...!» *(Mutis.)*

INST. *(A Balbino, acariciándole la barbilla.)* ¡Adiós, simpático!...

BAL. *(Encandilado.)* ¡Adiós, negrucia! Y no me mire usté así que va a tener ese flamenco que poner otro artículo en el Código.

INST. *(Coqueta.)* ¿Cuál?

BAL. *(Muy cerca de ella.)* Uno pa castigarme, porque:

Si yo me volviera Adán
y usté se volviera Eva,
dejando a un lao la manzana
¡me la comía a usté entera!

Vase la Consejera de Instrucción riéndose.

FEST. Tanto gusto, y ya lo sabe usted: no tome disgustos por nada que la vida es un juego.

BAL. ¿Y si pierdo?

FEST. ¡Paciencia y barajar! *(Vase.)*

GRA. Conste que m'ha sío usté simpático. Sarvaó Montoya, alias el «Gilguero», susesor de Gayarre y maestro de Fleta pa lo que usté guste mandá. O dicho de otra manera. *(Se arranca a cantar y bailar cómicamente.)*

He tenío mucho gusto
en conosé a su mersé.
Hasta otro rato, señore.
¡Adió, que le vaya bien!
¡Sa! ¡Sa! ¡Sa!

(Vase bailando cómicamente.) ¡Ay mi cuerpo!

LOC. ¿Qué te han parecido?

BAL. Muy divertido.

LOC. Sobre todo la Consejera, ¿eh?

BAL. *(Abrazándola, zalamero.)* ¡Celosona!

LOC. *(Separándose rápidamente.)* ¡Ahora, no; que viene mi marido!

BAL. ¡Caray! ¿Cómo lo sabes?

LOC. Porque se acercan los atributos reales.

BAL. ¿Cuáles son?

LOC. La Serpentina y el Confetti. ¡Míralos!

Salen la Serpentina y el Confetti: ella viste un traje fantasía formado por tiras de tela de distintos colores; él, un traje fantástico, adornado con redondeles, imitando confeitis; bailable. Hacen mutis con el número. La Serpentina lleva arrolladas cintas de colores, que las segundas tiples cogen y evolucionan con ellas.

LOC. Ahora es preciso que nos separemos.

BAL. *(Tierno.)* De tu lao no me despegan a mí ni con alcohol..., ¡so negra!

LOC. Ten prudencia. Si mi marido nos viera juntos, todo estaba perdido. ¡Es celosísimo!

BAL. ¡Pero si no viene entavía!

LOC. ¿No oyes el himno regio? *(Dentro suena un alegre repiqueteo de castañuelas que seguirá hasta el momento que entre Momo en escena.)*

BAL. ¡Mi tía la del pueblo! ¡Qué himno!

LOC. *(Agitada.)* Me voy. Momo sería capaz de matarte si te ve conmigo.

BAL. ¡Cáscaras!... *(Pone una cara de susto que aterra.)*

LOC. *(Rápida.)* ¡No pongas esa cara!... ¡Alégrate!... ¡Si te ve triste no te nombra heredero!

BAL. ¡¡Recáscaras!! *(Se arranca cantando y bailando.)*

¡Arenal de Sevilla!
¡Y olé!
¡Torre del oro!

LOC. *(Iniciando el mutis.)* ¡Así, así! ¡Pero riéndote mucho!

BAL. *(Azorado.)* ¿Que me ría? *(Con la risa del conejo.)* ¡Ja, ja, jay!

LOC. *(Tirándole un beso.)* ¡Hasta luego! *(Vase rápidamente.)*

BAL. Balbino, hijo mío, o te regocijas o te quedas sin trono! Tú verás lo que haces. Lo mejor es que me sorprenda en plena orgía. *(Canta, ríe y baila a la vez, cómicamente.)*

¡Torre del oro! ¡Ja, jay!
¡Torre del oro! ¡Ja, jay!
¡Torre del oro!

(Transición, con apuro.) ¡Ay, que no salgo de la torre! *(Cesan de repente las castañuelas, y por el primer término, izquierda, hace su aparición solemne, Mono. Es viejo, pero no decrépito, y tiene una seriedad y una cara dura que impone. Sale mirando fijamente a Balbino, éste se inmuta un poco.)*

MOMO. *(Con gesto trágico y empaque majestuoso.)* ¡Saluqui, andovales!

BAL. *(Azorado.)* A los pies de usté, su majestá...

MOMO. *(Mirándole fijamente con desconfianza.)* ¿Eres tú ese mortal retrechero y jocoso que me ha anunciado la reina?

BAL. *(Haciendo de tripas corazón.)* Lo de retrechero es cuestión privá; pero jocoso soy un rato...

MOMO. *(Dudando.)* Veamos; chirigotéate.

BAL. *(Confuso.)* ¿Que me...? (¡Caray!... ¿A qué llamarán en este país chirigotearse?...)

MOMO. *(Con desolación.)* ¡No se ríe!... ¡Tampoco me sirve!... ¡No puede heredar el trono!...

BAL. *(Haciéndose cargo de la situación.)* (¡Balbino; o te carcajeas, o estás perdido!) ¿Que no?... ¿Que no me río?... ¡Je, je! *(Intenta hacerlo y le sale muy mal.)* (¡Ay, que no me sale!) ¡Je, je! (¡Cualquiera se ríe delante de este tío, que es un dolor de muelas!) ¡Je, je! *(En este momento mira al rey cara a cara, y por efecto del gesto trágico que éste tiene en el semblante, rompe a reir de veras en una carcajada nerviosa. Este momento cómico queda encomendado al talento del actor.)*

MOMO. *(Siempre serio.)* Eso..., eso me complace. No olvides que para ser rey del Carnaval hay que estar siempre de chirigota. *(Ponderativo.)* ¡Ya me ves a mí!

BAL. *(Escamado.)* (¡Este tío se está quedando conmigo!... ¡Por si acaso!) *(Dándole un metido en la barriga, que Momo, muy seriamente, pero con vista, esquiva oportunamente.)* ¡Calaverón!

MOMO. ¡Bien! Me has amagado con cierta gracia.

BAL. *(Repite y esta vez no le falla.)* ¡Humorista!

MOMO. *(Dolorido, pero sobreponiéndose.)* ¡Está visto que vamos a entendernos!... ¡Ja, ja, ja! *(Esto no es que se ríe, es que dice ¡ja! simplemente.)* ¡Me has hecho reir!

BAL. (¡Parece que le gusta! ¡Pues yo le doy una paliza! *(Le da un tercer golpe en la tripa descomunal.)* ¡Ah! Pero, ¿se ríe usted? ¡¡Hiperbólico!!

MOMO. *(Que le ha dolido lo suyo.)* Sí..., me río... ¡Ya lo creo!...; me estoy riendo, ¡ay!... *(Se lleva las manos a la barriga.)* las tripas. *(Vuelve a reirse como antes.)* ¡Ja, ja, ja!... ¡Ay, que me troncho!...

BAL. (Este gachó tié un modo de reírse que achara a cualquiera).

CHAM. 1.° *(Entrando.)* Señor... *(Fingiendo que repara en Balbino.)* ¡Ah, perdón! Creí que estabas solo...

MOMO. Es el mortal que aspira a ser mi heredero. ¿Qué te parece?

CHAM. 1.° *(Disimulando, hace una seña de inteligencia a Balbino.)* Si os gusta...

MOMO. Bastante, sí. Yo me he reído mucho con él.

CHAM. 1.º Vuestra majestad se ríe con cualquier cosa.

BAL. *(Con gesto indefinible.)* ¡Ya!... ¡Ya lo he visto!

MOMO. Sí, soy jovial. Pero este se trae un truco muy divertido. Verás; cuando está uno descuidado le hace así: *(Y muy serio, le suelta un terrible metido a Balbino, que en este momento está distraído timándose con la Locura.)*

BAL. *(Se lleva las manos a la barriga y se dobla de dolor.)* ¡Ay qué tío!... ¡Ay! ¡Ay!...

MOMO. *(Contemplándole satisfecho.)* ¡Mira, mira cómo se ríe!...

CHAM. 1.º Bien; pero dejaos de bromas ahora, que la corte espera vuestra venia para asistir a la recepción de hoy.

MOMO. En ese caso, hay que ponerse serios. *(Trueca su gesto, por otro aún más trágico si cabe, a Balbino, que sigue quejándose.)* Para que te vayas entrenando en tu nuevo oficio de príncipe heredero, vas a asistir a la recepción Ven conmigo y nos uniremos a nuestro séquito para presentarnos ante la corte.

BAL. Bueno; pero, ¿y la reina? ¿Dónde se ha metido?

MOMO. En su afán por alegrarme, ha renunciado a ocupar hoy su sitio en el trono para darnos una sorpresa.

BAL. ¡Mira, qué cariñosa!

MOMO. Sí. ¡Está loca por mis huesos!

BAL. ¡Olé los tíos! *(Invitándole a pasar delante.)* Pase usted primero, so castigador!

MOMO. *(Muy serio.)* ¡Y que lo digas! ¡Mujer que miro, hembra que flagelo!

BAL. *(Con la risita que caracteriza a Momo.)* ¡Ja..., ja..., ja! *(Vanse los tres por primera derecha.)*

MÚSICA

Para bailar el charlestón,
¡Charlestón! ¡Charlestón!,
conviene mucha agitación,
¡Charlestón! ¡Charlestón!,
y es necesario así oscilar,
y brincar,
y saltar,
y, sin parar,
al bailar
aumentar
la vibración.
¡Charlestón! ¡Charlestón!
¡¡Ay!!
Yo, cuando bailo el charlestón,

¡Charlestón! ¡Charlestón!,
siento en las notas del trombón,
¡Charlestón! ¡Charlestón!,
una salvaje invitación
a mover,
sin cesar,
mi cuerpo al son
del danzón
sin igual
del charlestón.
¡¡¡Ay!!!
Charles..., charles..., charlestón.
Charles..., charles..., charlestón.
Ya se baila aquí como en Nueva York.
Charles..., charlestón.
Charles..., charles..., charlestón.
Charles..., charles..., charlestón.
¡Fíjese y verá
que es de lo mejor
este charlestón!

Durante unos instantes queda la escena sola. Dentro vuelve a escucharse el repiqueteo de las castañuelas. Fuerte en la orquesta. Por distintos lados aparece la corte de Momo: Colombinas, pierrots, locuras, arlequines, etc. A poco salen, por donde se fueron, la Locura y Momo, ambos cogidos de la mano y vistiendo el manto real. Les siguen el Gobierno y los chambelanes. Por último, sale Balbino, dándose importancia. Los soberanos ocupan el trono, Balbino besa la mano a Momo y se sienta a los pies de la Locura. Breve intervención del coro, repitiendo un motivo del número 2. Terminado el cantable, Momo se pone de pie y se adelanta el consejero de festejos.

HABLADO

MOMO. Gracias, amado pueblo.
¡Se ve lo que me quieres!
¡Simpático que es uno!
¿Qué le vamos a hacer?...
Ahora venga algo alegre
con música y mujeres...
¡Ya sabéis que es mi lema!
la juerga y el placer!

FEST. Contando con tu venia, yo me atrevo
a recoger tu amable invitación
presentándote al punto el baile nuevo,

muy movido y alegre: ¡Charlestón!
(Hace una seña. Fuerte en la orquesta; oscuro y foco.)

Salen las del «gimnastón»: Traje fantástico; llevan en las muñecas pulseras de cascabeles, con las que acompañan a la orquesta. A poco sale el bailarín, vistiendo el traje famoso que los caricaturistas adjudican al tío Sam, de Norteamérica. Baile movidísimo y ruidoso, con reminiscencias de charlestón. Terminado el número, baja, a primer término, un telón alegórico de colores chillones y de estilo casi futurista, en el que habrá pintados unos inmensos rascacielos, una figura caricaturesca de un negro tocando el saxofón, una batería de «jazz-band», etc., etc. La orquesta sigue tocando fortísimo el número, mientras por delante de este telón van desfilando, sin cesar de bailar, con gran algazara y creciente nerviosidad todos los personajes que han intervenido en el cuadro, incluso Momo, Balbino y la Locura. Final animadísimo.

TELÓN

CUADRO TERCERO

ESTE MUNDO ES UN FANDANGO

Telón corto, que representa la portada de un periódico ilustrado. En la parte superior se leerá con grandes caracteres: «Este mundo es un fandango». Y en cualquier parte, «Gaceta Oficial», «Se reparte gratis». En el centro, un gran practicable cubierto por un forillo, en el que habrá pintada una locomotora vista de frente. Debajo, como rótulo del grabado, se leerá: «Una tragedia en un coche cama». Por todas partes carátulas, antifaces y dibujos alegóricos graciosos.

Al levantarse el telón salen BALBINO y MOMO.

BAL. *(Mirando a todas partes.)* ¿Dónde estoy?
MOMO. ¡No preguntes así, que parece que vuelves de un desmayo!... Este es el archivo donde se colecciona el periódico oficial del reino. *(Señalando el telón de fondo.)* Ahí tienes el último número.

BAL. ¿Y ésta es la «Gaceta»? ¡Pues parece un ejemplar de «Buen Humor»!

MOMO. Tú juzgarás. Vamos a hojear sus páginas, para que te hagas cargo...

BAL. Le advierto que a mí me estorba un poco lo negro.

MOMO. No importa; el periódico tiene un servicio especial para estos casos: la crónica en acción. Empezaremos por la sección de modas. Fíjate: La Moda en el Amor. *(Entra corriendo la Niña Citroën, perseguida por el Pollo Charlestón. Ella viste una falda cortísima, una blusa en forma de camisa masculina, con cuello vuelto y lazo negro; una especie de chaleco descotado y un smoking de seda. Lleva el pelo cortado como un hombre y se peina con raya a un lado. Usa bastón y luce una flor en el ojal. Coge los guantes con la mano izquierda y tiene ambas desnudas. El, por el contrario, viste camisa de sport con mucho escote, americana ceñidísima y enormes pantalones de los llamados «chanchullo». Adorna su cuello con un collarcito y gasta el pelo largo, oxigenado, ondulado y peinado hacia atrás; depila sus cejas y pinta con rimmel sus pestañas y con carmín sus labios. Tiene puestos los guantes y lleva en brazos un minúsculo perrito blanco.)*

POLLO. ¡Ay, no corras así, que me fatigo!
NIÑA. Pues, anda que te frían un neumático.
POLLO. *(Jadeante y rabiosillo.)*
¡Ya nunca volveré a salir contigo!
¡Jamás, jamás, jamás!
NIÑA. *(Desdeñosa.)* ¡Quita, antipático!
BAL. *(Asombrado.)* (¡Rediez, qué tipos!)
POLLO. Pero ¿han visto ustedes
qué mujer ésta?... ¡A mí, es que me sofoca!
¡Pudiendo ir tan a gusto en el «Mercedes»,
quiere corretear como una loca!
NIÑA. ¡Para hacer piernas! Tú, como no eres
deportista...
POLLO. ¡Caramba, ni Dios quiera!
A todas las mujeres
ahora os da por el fútbol, la carrera,
el tennis, el patín, el auto, el polo,
el boxeo, la caza, el charlestón...
¡Y encima pretendéis que un hombre solo
os acompañe en esa agitación!
NIÑA. ¡Hijo! ¡Pero si no te necesito!...
¡Yo soy libre, feliz e independiente!...
¡Los hombres!... ¡Uf, qué asquito!...
¡Ya no hacen falta en este siglo veinte!

POLLO. *(Poniéndole a Balbino una mano en el hombro, cosa que no le hace mucha gracia a aquél.)*
¿Qué le parece a usted?

BAL. ¡Hombre!... Se explica
(Mirándole de arriba a abajo.)
que tenga esa opinión...
¡Se conoce que no ha visto la chica
mas que pollos con falda-pantalón!

POLLO. ¡Uy, por Dios! ¿Qué me dice?... ¡Malo, malo!
(Le da cachetitos.)

BAL. *(Mosca perdido.)* ¡Ay, tu tía la coja!
(El Pollo retrocede, prudente.)

NIÑA. *(Con superioridad.)* ¡Buen regalo
un hombre en estos tiempos!... ¡Qué burrada!
La mujer ya no es prima
y no quiere tener a nadie encima.
¿Que le gusta un gachó, y él, indeciso,
no le dice: ¡Me muero por tus huesos!?
¡Pues ella se va a él, le da dos besos
y en menos de un amén le pone un piso!

BAL. ¡Camará, qué adelantos!

NIÑA. Y si luego
por algún otro socio está chalá,
repite con aquel mismo juego
y al primero le atiza la patá.
¿Ve usté a Pocholo?... ¡Es mi plan de este año!

POLLO. ¡Ay, no le haga usté caso, que me engaña!

NIÑA. ¿Tienes tú celos?

POLLO. ¡No! ¡Tengo pestaña,
y he dicho que a Totito yo le araño!

NIÑA. ¡Pero si a mí Totito no me choca!
¡Si tú vales más que él! *(Le acaricia.)*
No tiene ni tu pelo, ni tu boca,
ni tus ojos rasgados, ni tu piel...

POLLO. ¡Te gusta! ¡No lo niegues!... ¿Para eso
te estoy bordando un chal?... ¡Ingrata, ingrata!

NIÑA. Mira, Pocholo: eres un camueso.
¡No me des más la lata
y vámonos al Ritz!... ¡Ah! Y te prevengo
que, si bailas con Luchi, te sacudo.
¡Tú con ella no cruzas ni el saludo;
de lo contrario, yo no me contengo!

POLLO. Descuida; la gachí es muy ordinaria.

NIÑA. Sí; pero es millonaria
y me sigue la pista,

deseando que yo haga una conquista
para poder pisármela...

POLLO. ¡Qué loba!

NIÑA. ¡Y ya he calao que quiere darte coba!
Conque, vamos... ¡y ojito!

POLLO. ¡Pues ten tú también ojo con Totito!

NIÑA. *(Enérgica.)* ¡Yo soy mujer y hago lo que quiero!

POLLO. *(Galleando.)* ¿Es que yo soy un trapo?

NIÑA. *(Tierna.)* ¡Tú eres mi muñequito, majadero!

POLLO. *(Con tristeza, a Balbino.)* ¡Muñeco nada más!... ¡Ay, caballero, qué suerte tiene usted con no ser guapo!

NIÑA. ¡Vamos, que es tarde!

BAL. *(Indignado.)* ¡Esto no tié nombre!

NIÑA. *(Impaciente.)* ¿Pero es que te me vas a entretener? *(Lo coge fuertemente por un brazo y lo empuja.)* ¡Está visto que es un estorbo el hombre!

POLLO. ¡Ay!... ¡Qué hará en este mundo la mujer!

(La Niña se lo lleva a empujones. Él camina, protestando de que le haga correr. Mutis de ambos.)

BALB. *(A Momo.)* ¡Bueno, vuelva usté la hoja, que esos andovales se han salvao de milagro!... ¡Ya se me estaban engarabitando los dedos!

MOMO. Pues contempla la crónica galante, a ver si te gusta más.

BAL. ¿Cómo se titula?

MOMO. La embriaguez de la cocaína. *(Oscuro y foco.)*

Sale la cocainómana en traje fantástico de «apachinette» y canta la primera letra, sorbiendo la cocaina. A la segunda letra, ya borracha, ve salir a los apaches (segundas tiples), que evolucionan en torno suyo.

MÚSICA

APAC. Entre sones de javas alegres
él me dijo: «Mi amante has de ser»;
en sus ojos brilla el deseo
y una danza de apaches bailé.
Estrujada en sus brazos gozaba
una loca embriaguez de placer;
pero luego, al sentir su abandono,
a la droga fatal me entregué.
La coco..., la coco... caina,
que sabe mi dicha fingir;
yo sé que tu sueño asesina,
mas, si soy feliz, ¿qué me importa morir?

APACHES. En mis brazos mil goces te aguardan,
que han de hacerte tu pena olvidar.
Ven a ellos, que pronto mis labios
con locura te quieren besar.
APAC. Para todos serán mis caricias,
para todos mi cuerpo será,
pues un ansia infinita de besos
en mi pecho ya siento brotar.
TODOS. La coco..., la coco... caina,
que sabe mi dicha fingir;
yo sé que tu sueño asesina,
mas, si soy feliz, ¿qué me importa morir?

Al final repiten todas el estribillo y hacen mutis, empujando de unos a otros el cuerpo casi inerte de la «apachinette». Con el número cae el

TELÓN

CUADRO CUARTO

A LAS DIEZ... EN EL PARTERRE

Jardín a todo foro. Vegetación exuberante. Al fondo, a la derecha, gran balaustrada de mármol que cierra un parterre. Es de noche. Efecto de luna. Al levantarse el telón salen CHAMBELÁN 1.º por la izquierda y BALBINO por la derecha.

BAL. *(Cantando alegremente, con música de «Los Cadetes de de la Reina».)*

«Si nuestra reina siente amor,
su amor debemos respetar...»

(Repara en el Chambelán que se inclina ante él.) ¡Hola, Chambelancete!... Supongo que habrás dicho a nuestra descacharrante soberana que a las diez estaré como un clavo en el parterre...

CHAM. 1.º Cumplí vuestras órdenes, pero, ¿insistís en acceder al capricho de la reina?

BAL. Pero, escucha, galán; si a ti una morucha estupenda te dice, poco más o menos: «Negrucio de mis entretelas, estoy que hago números romanos por tus cachos y no me sale la cuenta. A las diez te espero en el parterre pa que me la saques tú...» ¿Qué haces, vamos a ver?

CHAM. 1.º Si la cita es en este jardín le digo que busque un tenedor de libros.

BAL. ¿Es que hay guardas como en la Moncloa?

CHAM. 1.º Es que éste es el jardín de la exuberancia... Los dioses, en obsequio a Momo, han hecho que en este parque la Naturaleza sea tan pródiga, tan magnífica, que a los diez minutos de sembrar un grano de trigo se puede recoger una espléndida cosecha.

BAL. Sí, ¡de panecillos largos!

CHAM. 1.º Creedme, señor; además, no es esto sólo: la extraordinaria fecundidad del jardín se transmite a las personas... y si dos amantes se reúnen aquí para echar sus cuentas, en vez de sumar, multiplican... ¿comprendéis?

BAL. Mira... ¡que te rebocen un Citroen y te pongan las ruedas con tomate!... ¡Nos ha fastidiao!

CHAM. 1.º Voy a convenceros... ¿Véis esto? Voy a plantarlo y os convenceréis que en seguida nace un árbol altísimo...

BAL. (¡Pa colgarte de él, ladrón!) *(El Chambelán, sin hacerle caso, va detrás de un macizo, simula plantar el bastón que lleva, o una rama que parece desgajar de un árbol. Después, coge una regaderita que habrá por allí cerca y vierte unas gotas de agua; en el acto, ante la estupefacción de Balbino, surge un árbol frondosísimo.)* ¡Caray!... ¡Este tío, en el circo se hacía el amo! *(Empiezan a sonar diez campanadas; Balbino queda pendiente de ellas.)*

CHAM. 1.º ¿Habéis visto?

BAL. (¡Las diez!) Sí... Eres un hacha pa los juegos de manos; pero ya me explicarás el truco otro día... Ahora tengo que hacer. *(Va al parterre.)*

CHAM. 1.º Señor... Que están para llegar los delegados que envía Niza para que asistan esta noche a vuestra proclamación como heredero de Momo...

BAL. ¡Ah! ¿Vienen de Niza?... ¡Pues como si vinieran de Casa de Juan!... Yo me voy... ¡al Campo de Recreo! *(Vase por derecha, último término.)*

CHAM. 1.º ¡Oh! ¡Qué insensato! En fin. Cumpliré la misión de distraer al rey, pero que no se le ocurra venir por aquí... y eso que es la hora en que las jardineras reales arreglan el parque... y él le tiene miedo al reuma... *(Vase por la izquierda, último término.)*

MÚSICA

Oscuro y foco. Por la izquierda salen las jardineras. Tiples y segundas, vistiendo un caprichoso traje que deja al descubierto piernas, brazos y un buen escote. Llevan delantalillos blancos y unas especies de cofias sobre la cabeza. Utilizan unas regaderitas que son perfumadores, con las que perfuman al público. Número

picaresco en tiempo de fado. Terminado el número hacen mutis con la música, y en seguida aparece Balbino por donde se fué.

JARDI. 1.ª Es cuidar del jardín encantado
de palacio muy fácil misión,
pues apenas un trozo he regado,
causa asombro la vegetación.
Lo que más me sorprende de todo
es que voy una planta a regar,
y hay algunas que crecen de un modo
tan atroz, que me llego a asustar.

TODAS. Mi regadera
de jardinera
debe ser cosa singular,
a no dudar,
pues no me explico
que un árbol chico,
en un amén,
pueda crecer
y grande ser.

JARDI. 1.ª Si una planta se está marchitando
y sus hojas van pronto a caer,
yo en seguida consigo, regando,
convertirla en lozana otra vez.
Nada hay mustio en el parque de Momo,
porque yo mi deber sé cumplir,
y, aunque hay ramas muy secas, yo logro,
con mi ciencia, que puedan vivir.

TODAS. Mi regadera
de jardinera,
etc., etc.

BAL. *(Sale pensativo. Pausa. De pronto, preocupado.)* Bueno, ahora me ha entrao a mí la aprensión de si será verdá lo de la fecundidá del jardincito éste... ¡Yo voy a comprobarlo! *(Desgaja otra rama y, tras otro macizo de la lateral opuesta a la en que lo hizo el Chambelán, repite la operación de éste y, efectivamente, surge otro árbol como la vez primera; Balbino queda aterrado.)* ¡Mi tía!... ¡Me la he buscao! *(Tiene un segundo de vacilación y, al fin, reacciona.)* ¡Ea! No hay que amilanarse... Después de todo, si pierdo el derecho a suceder a Momo, no he perdío el tiempo... Sí, porque con la reina he quedao bastante bien y con el rey me he portao... bueno, con el rey me he portao... ¡como un cochero!

MOMO. *(Sale por el segundo término izquierda, rechazando al Chambelán 1.º, que trata de contenerle.)* ¡Que me dejes, te digo!

CHAM. 1.º ¡Es que acaban de regar y sois reumático!

MOMO. *(Poniendo una mano sobre el hombro de Balbino, que no lo ha visto.)* ¡Hola, Balbinete!

CHAM. 1.º (¡Está aquí!... ¡Menos mal!)

BAL. (¡Sopla! ¡Mi víctima!)

MOMO. Vengo a decirte que hoy mismo alcanzarás el alto honor de ser proclamado heredero de esto que pesa ya sobre mi frente... *(Se señala la corona.)*

BAL. (¡Caray!... ¿Ya siente el peso?)

MOMO. Y ahora mismo comenzará la ceremonia.

BAL. No se precipite usté, que a lo mejor dentro de na no tengo derecho.

MOMO. ¡La emoción te ha vuelto loco!... ¡Aquí mis chambelanes!... ¡Aquí mis cortesanos!

BAL. (¡Aquí me mondan!) *(Salen los Chambelanes, y mientras sigue el diálogo va saliendo el resto de la corte, como en el cuadro segundo.)*

CHAMBES. ¡Señor!...

MOMO. Os he llamado para presentaros oficialmente a vuestro futuro rey, el príncipe Balbino. ¡Acatadle!

CHAM. 1.º Un momento, señor; el protocolo ordena que el príncipe muestre ante la Corte sus dotes de gracioso y su manera peculiar de hacer reír.

MOMO. Cierto.

BAL. ¡Rediez!... Bueno, relataré algunas aventuras que me han ocurrido en mi oficio de auriga... ¡A ver qué sucede!

MÚSICA

BAL. En Madrid, por ciertas calles,
no se puede dar un paso,
porque algunos peatones
de los guardias no hacen caso.

MOMO. Pues, según a mí me han dicho,
multas les pondrán ahora.

BAL. ¡El final será que todos
nos iremos a la porra!

¡Cochero,
ya no hay asunto,
pues no da el punto
para comer!
¡Cochero,
deja el pescante,
coge el volante
y hazte chófer!

BAL. Comentando el otro día
el asunto de la poda,
me dijeron que lo han hecho
sólo por seguir la moda.
MOMO. Y los que propalan eso,
¿en qué fundan sus razones?
BAL. En que los árboles llevan
hoy la copa a lo «garsone».

HABLADO.

CHAM. 1.º No está mal... ¡Señores! Viva el príncipe heredero!

TODOS. ¡Viva!... *(Balbino saluda; en este momento viene del panterre, agitadísima, la Dama 1.ª)*

DAMA. Señor, señor...

MOMO. ¿Qué acontece en Játiva?

DAMA. ¡La esterilidad de la reina ha cesado, por fin, y ya tiene el trono herederos legítimos!

BAL. (Ya me figuraba yo que había metido la pata.)

MOMO. ¿Qué dices?

BAL. *(Creyéndose aludido.)* Que la he metido.

MOMO. *(Hecho un lío.)* Pero... ¡si no puede ser!... Pero si mi señora... Pero si yo ...¡Cuerno!

DAMA. Ahora lo veréis... *(Hace una seña y entran dos Niñeras vestidas arbitrariamente conduciendo de la mano a cuatro o seis niños, de seis a ocho años, todos vestidos de cocheros, con librea y chistera.)*

BAL. (¡Mi madre! ¡Qué recién nacidos!... ¡Han sacao hasta la bimba!) *(Todos los personajes miran a Balbino, que no sabe dónde meterse.)*

MOMO. ¿Qué es esto?

BAL. (¡Rediez con el jardincito!)

DAMA 2.ª Señor, los dioses se apiadaron, por fin, de nosotros, y sus bendiciones han caído sobre vuestra cabeza...

MOMO. Y ¿de dónde han sacado los dioses estas bendiciones con chistera?... ¡A ver!... ¿De dónde procede este cocherito? *(Va a agarrar a uno, pero el chico se escabulle, toreándole a su sabor.)*

BAL. Este, por lo visto, es cocherito de Bilbao.

DAMA 2.ª Perdón, Señor. Lo ocurrido es que la reina, desesperada por su esterilidad, bajó al jardín a implorar de los dioses un hijo; ellos la escucharon y ¡aquí tenéis la prueba!

CHAM. 1.º *(A Momo.)* Entonces, señor, la fiesta de esta noche tendrá que aplazarse...

MOMO. ¡No!... La celebraremos en honor de Balbinete, para que se consuele del chasco. ¡Pues adelante con los faroles!

CHAM. 1.º ¡Empieza la fiesta española! *(Oscuro y música.)*

Número español, alegre y efectista, al terminar, cuadro y te-ón. Terminado el número salen a escena, Balbino, Momo y todos os personajes.

BAL. ¡Olé las mujeres! ¡Viva mi tierra y viva mi cuerpo!

MOMO. Esposa mía: en vista del feliz acontecimiento de esta ioche, habrá que pensar en darle otro cargo a Balbinillo.

LOC. Sí, será mi secretario... y no se separará de mi lado iunca.

BAL. Bien; pero no volveremos al jardincito este a... despa-:har los asuntos.

LOC. Como tú quieras...

3AL.
Mi suerte está decidida
y, aunque ya Príncipe real
no puedo ser en la vida,
la pasaré divertida
pues Momo es un carcamal
y en su corte pervertida,
¡Todo el año es carnaval!

UNOS. ¡Viva el Carnaval!

TODOS. ¡¡Viva!!

TELÓN

J. SILVA ARAMBURU y J. L. MAYRAL

La locura de Ernestina

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Estrenada en el teatro Alkázar, de Madrid, el 27 de Enero de 1926.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ERNESTINA	Srta. Barrón.
ISABEL	Sra. Sanz.
FLOR DE LIS	» Alba.
MARÍA-LUISA	Srta. Pujó (M.)
PETRITA	» González Granda.
FIFINA	» Cachet.
CACHITA	» Pujó (B.)
SANTÍN PELLEJERO	Sr. Bonafé.
LUIS ALMODOVAR	» Bruguera.
TOTO	» Rovira.
RICARDITO	» Oltra.
MARTÍNEZ	» Sanz.
UN MARINERO	» Ponzano.

La acción en una capital marítima del Norte de España.—Epoca actual.—Fines de verano.

ACTO PRIMERO

La terraza de un coquetón hotelito en un imaginario puerto veraniego del Norte de España. A la derecha, y protegida por un toldo que la resguarda de los rayos solares, la fachada del hotel, con su puerta practicable, a la que dan acceso un par de escalones; a la izquierda, cerrando la escena, balaustrada de piedra que se prolonga por el foro, teniendo en el centro de dicha lateral una entrada. Comienza este acto a las doce de la mañana de uno de los primeros días de Septiembre.

Al levantarse el telón, aparecen agrupados junto a la balaustrada de la izquierda, Petrita, Fifina, Cachita, Toto, Ricardito, Martínez y Santín Pellejero. Todos, excepto éste, son chicos jóvenes y alegres. Santín frisa en los cincuenta y cinco, aunque la coba que se da lo disimula muy bien. En primer término derecha, sentadas en grupo, Isabel, María Luisa y Flor de Lis. Las dos primeras de veinticinco a veintiocho años, distinguidas y elegantes, hacen labor. La última, una solterona de cuarenta y cinco, aunque ella apenas declara treinta, hojea el *A B C*.

TOTO. *(Un sevillano de lo más castizo, que, como todos los de su grupo, sigue con interés las incidencias de una regata de balandros.)* Reparen ostés lo que adelanta er Pichichi...

PET. No digas, Toto, que «Mimosa IV» lleva mucha ventaja.

FIF. ¿Y no os fijáis cómo avanza «Rocambole»?

RIC. Pues ¿y «Relámpago»?

SANT. ¡Ah!, pero no hay cuidado: el balandro de Ernestina y Luis, va a la cabeza desde hace tres minutos.

CAC. Como el de Pepito Lorenzana.

SANT. Sí, lo mismo; sólo que cambiando dos letras, porque el de Luis va en cabeza y el de Pepito va de cabeza.

TOTO ¡Casi na!, dos letras de cambio que le van a vensé.

SANT. Como que en cuanto Ernestina dijo que ella iba en el balandro de Luis, aseguré yo que triunfaba en la regata.

PET. ¿Por qué?

SANT. Porque donde haya una mujer regateando, que se quiten todos los hombres.

TOTO. ¡Sembrao, ha estao'sté sembrao! *(Sigue, animadamente, la contemplación y los comentarios.)*

ISAB. Qué, Flor de Lis, ¿trae algo de importancia el *A B C*?

FLOR. Nada, hija, fruslerías; una explosión en Getafe, un crimen en Carabanchel, una cogida grave en Madrid y un descarrilamiento entre Pinto y Valdemoro; lo que se dice fruslerías.

M. LUI. Como que la animación todavía está en estas playas.

FLOR. Sí; aún es prematuro el retorno a la corte; al menos por mí lo digo, porque yo, ya sabéis: en tanto en cuanto doña Victoria y don Alfonso no regresen, yo permanezco, y aun algunos veranos he prolongado mi ausencia lo mismo que doña Cristina.

M. LUI. ¿Que quién?

FLOR. Doña Cristina, la madre.

ISAB. *(A María Luisa.)* Está hablando de la Familia Real, mujer.

M. LUI. ¡Ah, ya!

ISAB. Sí; mientras ellos no van a la plaza de Oriente, el Madrid distinguido está desorientado, y perdonad el «calamburg».

ISAB. Pues yo, la verdad, tengo unas ganas de verme en mi pisito de la calle de Serrano...

M. LUI. ¿Tan mal lo pasas aquí?

ISAB. No es que lo pase mal, pero Ernestina y yo, solas casi todo el verano... y Antonio allí, con sus negocios... Además, que deseo formalizar nuestra vida en Madrid para tomar una determinación con Ernestina. Va siendo una mujer y hay que pensar en el porvenir.

M. LUI. Más que una hermana mayor, pareces una madrecita cariñosa.

ISAB. El no tener hijos, quizá me haga redoblar mis cuidados con ella.

FLOR. Está guapísima la chiquilla, ¿eh?... ¡Se la van a rifar!

ISAB. Por eso quiero yo estar alerta, para hacer trampa en la rifa si veo que es un granuja el que tiene la papeleta del premio.

FLOR. Muy en su punto, porque, hijas, hay que ver cómo están los hombres; como que si yo no me he casado ha sido por eso precisamente; y es lo que me digo, si está de Dios, nunca es tarde...

ISAB. Decididamente, a nuestro regreso, hay que atar a esta niña un poco más corto; esto mismo de hoy es una locura: irse en el balandro de Luis Almodóvar; una bala perdida.

FLOR. La más mala cabeza del orbe, como dicen de don Juan.

M. LUI. *(A Isabel.)* Oye, ¿ese don Juan es también de la Real familia?

ISAB. *(A María Luisa.)* No, mujer; es el Tenorio.

FLOR. Cuentan de él y no acaban; su «yath», «La Golondrina», tiene más historias que «Las mil y una noches».

ISAB. ¡Y qué historias!... Pero vete con esos reparos a las niñas de hoy en día; por eso pasan estas locuras veraniegas, pero en cuanto lleguemos a Madrid, borrón y cuenta nueva.

FLOR. Bien hecho; tú estás con Galeno y conmigo: «Más vale prevenir que curar». *(Siguen hablando.)*

TOTO. ¡Mi mare, qué viraje!

PET. ¡Terrible!

FIF. ¡Ha sido brutal!

CACH. ¡Una cosa bárbara!

RIC. ¡Ha rozado el mar con la vela!

SANT. Expuesto a apagarla, imagínate.

MART. Un poco más y da la vuelta el balandro.

SANT. Sí; él da la vuelta al balandro y yo doy la vuelta a Madrid, porque a Luis le sucede un percance en el agua y a mí me corta el veraneo en seco.

TOTO. ¡Lo dicho, amigo, que está'sté sembrao!

RIC. Ya..., ya van a llegar...

FIFI. Isabel... María Luisa. ¿No queréis ver el momento del triunfo?

PET. Sí, sí; venid.

CAC. No os sintáis demasiado señoras casadas.

ISAB. Allá vamos.

M. LUI. ¿Y quién se resiste? *(Se unen al grupo de los jóvenes.)*

FLOR. Yo con Santín, que me prestará los primáticos, ¿no es verdad?

SANT. ¿Y cómo no?... Los prismáticos se han hecho para las niñas..., para las niñas de los ojos levemente cansadas.

FLOR. ¡Oh! Mi miopía es imperceptible.

SANT. No importa; yo los uso y tengo una vista excelente.

FLOR Y famosa; como que precisamente el otro día he oído hablar de ella.

SANT. ¿Sí?

FLOR. Sí, en el Casino; se comentaba su desgracia en cuantos pleitos intervino usted como abogado, cuando ejerció la carrera, y hubo quien dijo: «En cambio, divisa un mosquito a veinte metros.» «¿Y eso qué?», pregunté yo, y me contestaron: «Que esa es la única vista que no ha perdido.»

SANT. ¡Sembrada! ¡Ha estado usted sembrada!

TODOS. ¡Hurra! ¡Bravo! *(Aplausos, saludos con los pañuelos, etc., y dentro se escucha el estampido de un cohete.)*

ISAB. Al fin llegaron los primeros.

M. LUI. Se salió Ernestina con la suya.

SANT. Propongo una cosa: que todos los jóvenes bajemos al embarcadero para hacer a los vencedores un recibimiento triunfal,

TODOS. ¡Bien! ¡Bien! ¡Aceptado!

FLOR. ¡Admirable idea!

SANT. Y el que llegue el último paga esta tarde la merienda.

TODOS. Eso... eso... *(Hacen mutis corriendo por izquierda; Santín va a hacer lo propio, pero le detiene Flor de Lis.)*

FLOR. No se desboque, amigo Pellejero, que tengo yo empeño en que paguemos esa merienda a medias. Además, que ya sabe usted lo que ha dicho Pirandello: «Qui va piano, va lontano e va sano».

SANT. ¡Ah! ¿De modo que Pirandello ha dicho eso? Entonces ya sé quién paga la merienda: ¡Pirandello! *(Y hace mutis por la izquierda, seguido de Flor de Lis, que no le suelta.)*

ISAB. ¡Qué chicas!... ¡Y qué chicos!

M. LUI. ¡Y qué mayores, Isabel. Porque lo que es Flor de Lis y Santín Pellejero...

ISAB. Qué quiéres... Tienen el alma joven.

M. LUI. Algo joven habían de tener para disculparles, ¿verdad?... En cambio, tú, no sé por qué, me parece que ocultas con la máscara de tu risa un espíritu apenado, dolorido quizá... ¿Me equivoqué?

ISAB. No, María Luisa, no te has equivocado. ¡Han pasado tantas cosas en estos años que hemos estado sin saber la una de la otra!

M. LUI. Cinco, que se han ido veloces como un suspiro...

ISAB. ¿Para ti, sí? Eso me indica que eres feliz en tu matrimonio.

M. LUI. Cada día más, como no pude ni soñarlo siquiera al casarme con Arquímedes, un hombre serio, sin un atractivo personal, de quien yo comencé diciendo que iba de luto por dentro y por fuera, y con el que terminé por arrodillarme en las gradas del altar.

ISAB. ¿Es bueno, verdad?

M. LUI. Tanto como serio, aunque esto pueda parecerte exageración. Y Antonio, ¿no lo es?

ISAB. ¿Lo sé yo misma, María Luisa?

M. LUIS. El vuestro fué un matrimonio por amor.

ISAB. En efecto; tú mejor que nadie sabes que yo me casé enamorada de mi marido.

M. LUI. Entonces...

ISAB. Pero el amor, que de novio puede inspirar un hombre con un poco de simpatía y otro poco de gracia, merzclado con habilidad, de esposo no hay quien pueda mantenerle, si no es a costa de un cariño muy hondo, hecho a base de sacrificio y de privaciones.

M. LUI. ¿Y él...?

ISAB. Acertó a encender en mí la llama de la ilusión, pero no logró impedir que se apagara.

M. LUI. ¿Supiste de alguna aventura?

ISAB. La presentí, que es peor. Antonio es un marido de buen tono, que me atiende, que cuida de que nada me falte, incapaz de cometer conmigo una incorrección, pero ¡con un alma tan distinta... y tan distante de la mía! ...

M. LUI. Tal vez distraído con sus negocios...

ISAB. Sí; esa es la piadosa mentira con que yo misma quise engañarme, hasta que me convencí. Sé que para mi marido no soy mas que la mujer que cuida celosamente del hogar y en quien puede pensarse como un refugio para el mañana.

M. LUI. ¿Tan desilusionada estás?

ISAB. Juzga tú si no tengo motivos para ello; hasta en estos meses del verano, en que parece renacer para todos la unión familiar, él continúa proporcionándome un descanso comodísimo, eso sí, pero lejos de su lado... ¡Si vieras, María Luisa, qué tristeza pone en la vida este derrumbamiento de un sueño de felicidad!...

M. LUI. Aún no es tarde para que se realice.

ISAB. Tienes razón. Ahora, que yo confío tan poco en que el viento que se lo llevó vuelva a traerle, que he hecho ya de otra persona el objeto de mi existencia. *(Sin frase, María Luisa la interroga, un poco alarmada, con la vista.)* No, no te asustes, que no es lo que tú supones; mi nueva ilusión tiene nombre de mujer y lleva mi sangre.

M. LUI. ¿Ernestina?

ISAB. La misma. Mi fracaso sentimental me ha enseñado que mejor que caer a tierra con las alas rotas, es cortarnos las alas antes de emprender el vuelo; por eso yo quiero hacer de mi hermana una mujercita que viva de realidades, mejor que una muñeca que se alimente de ensueños.

M. LUI. ¿También ella siente la inquietud de las alas?

ISAB. Como yo, como otras muchas, tiene en la cabeza una bandada de pájaros: ¿comprendes por qué dije antes que estoy deseando regresar a Madrid, para moldearla de nuevo, aleccionándola por mi experiencia?

M. LUI. ¿Y podrás?

ISAB. ¿No he de poder? Ernestina, como todas las muchachas de hoy, no es mala, aunque algunas tengan la coquetería de quererlo parecer; son producto de una moderna educación en que la forma lo es todo y el corazón permanece virgen a merced del primero que se apodere de él.

M. LUI. Pues date prisa, que andan tantos demonios sueltos por el mundo...

ISAB. Es verdad, muchos, y todos a caza de inocentes o de desengañadas; tal vez por eso también, yo quiero unirme a Ernestina en un abrazo estrecho, para defenderme con ella de los demonios que un día pudieran tentarme con el fantasma de la ilusión que no pude alcanzar.

RIC. *(Dentro.)* ¡Viva Ernestina!

VOCES *(Idem.)* ¡Viva!...

MART. *(Idem.)* ¡Viva Luis Almodóvar!

VOCES *(Idem.)* ¡Viva!

M. LUI. ¡Ea! Y ahora a no pensar más en tristezas, que llegan ahí los muchachos y con ellos la alegría.

ISAB. Dices bien, María Luisa, pero a veces... *(Cortando la frase de Isabel, irrumpen en la escena los personajes que antes hicieron mutis, excepto Flor de Lis y Santín. Entran también Ernestina y Luis Almodóvar. Ella es la encantadora muchacha que ya se ha descrito en el diálogo; el es un hombre joven, fuerte, guapo, con la despreocupación y el aire cosmopolita de quien se ha paseado bajo todos los cielos y ha sentido la caricia de todos los climas. Visten ambos de balandristas.)*

ERN. ¡Isabel! ¡María Luisa!... *(Besándolas.)* Somos unos «hachas»!

M. LUI. Enhorabuena, mujer.

ISAB. Vamos, vamos, loca; ya está bien de saltos y de gritos.

LUIS. *(Saludando a Isabel, a la que besa la mano.)* A sus pies, Isabel; como ve usted, le devuelvo a su hermana, pese a la mala fama que todos me dan. *(Jovial.)*

ERN. Oye, oye, niño; no presumas de que me devuelves, como si hubiera estado en tu mano el hacerlo o no. ¡Vaya con el tonto éste, que tiene más fantasía que un traje de noche!

ISAB. No le haga usted caso: es una chiquilla. María Luisa, voy a presentarte. María Luisa Fontecha de Carrillo, mi mejor amiga de la infancia... Luis Almodóvar... *(No sabiendo qué profesión «adjudicarle», vacila un momento, indicando su duda con el gesto.)*

LUIS. *(Que se da cuenta de la situación.)* Aventurero, señora; es la única profesión fija de que puedo envanecerme.

ERN. *(Remedando el tono de Luis.)* Y conquistador, María Luisa; es la única habilidad de que quiere que le alaben.

ISAB. Pero mujer, que no has de dejar en paz a Luis...

ERN. ¿Es mentira lo que he dicho? A ver si hay quien lo sostenga. Fíjate qué silencio tan solemne, y repara en la cara de víctimas de estas pobres chicas y en el gesto de rivales vencidos de estos pollos tomateros... Sí, sí, María Luisa, hazme caso a mí: Luis Almodóvar es el tenorio del siglo xx; ahora que, sin el chambergo y sin los versos de Zorrilla, el Tenorio es completamente inofensivo.

ISAB. Niña...

LUIS. Déjela usted, Isabel; si a mí me divierte mucho oírla: se lo aseguro.

ERN. ¡Ah, entonces me callo!... No he quedado yo todavía

para divertirte a ti; para eso tienes a Ciutti, vulgo Santín Pellejero...

TOTO. ¡Caramba!... Y a propósito de Santín, ¿onde s'habrá quedao ese joven honorario?

PET. Aquí llega.

FIF. Y trayendo del brazo a Flor de Lis.

ERN. Fijarse qué pareja tan bonita; vienen para que les hagan postales.

TOTO. Voy a gastarles una broma. *(Por donde hicieron mutis, entran Flor de Lis y Santín; aquélla se apoya en el brazo de éste y cojea levemente.)* ¡Vivan los novios! *(Este viva es contestado por toda la gente joven, entre risas estruendosas.)*

FLOR. *(A Santín, deteniéndose.)* Mucha, mucha gracia no ha tenido la exclamación, ¿verdad, Santín?

SANT. Ni mucha ni poca, Flor de Lis; sobre todo viniendo lisiada como usted viene.

ISAB. ¿Eh?... Pero, ¿qué te pasa?

M. LUI. ¿Le ha ocurrido a usted algo?

LUIS. ¿Algún percance? *(Los demás la rodean interesándose por ella y poniendo una silla en la que se sienta.)*

ISAB. Vamos, cuenta lo sucedido.

TOTO. (¡Como si lo viera! ¡Er truco de siempre!)

FLOR. Nada; no ha sido nada de importancia, una distensión en la caña del pie o tobillo, por mejor nombre. Que os cuente Santín.

SANT. Veníamos hacia acá, siguiéndoos por esas rocas de la derecha, yo delante y ella detrás, cuando de repente oí un pequeño grito; volví la cabeza y me encontré con que Flor había metido el pie... por la juntura de una peña y hacía esfuerzos desesperados por sacar la caña de su prisión; al pronto, yo supuse que se trataría del picotazo de algún cangrejo de los que abundan por allí, aunque de sobra sé que los cangrejos no pican en las cañas, corrí a auxiliarla, la ayudé a levantarse, me rogó que la diese masaje en la parte lesionada, y apoyándose en mi brazo la he conducido hasta aquí... Eso ha sido todo.

TOTO. (¿No lo dije?... ¡Er truco! ¡Esta vieja es una Mesalina.)

ISAB. Pero ¿se te ha pasado ya?

LUIS. ¿Necesita usted que avisemos a un médico?

FLOR. No, por Dios; si no ha sido nada de particular; además, en estos casos, el masaje sienta muy bien, y aquí, Santín, masajea que marea.

SANT. *(Aparte.)* (¡Ay, Dios, que me piropea!)

ISAB. Vaya, pues menos mal que la cosa ha quedado en el susto; ahora, para que se te pase del todo, y al mismo tiempo

para solemnizar el triunfo de Ernestina y de Luis, vamos a tomar todos una copa de honor, ¿eh?

TODOS. ¡Muy bien! ¡Bravo!

ERN. Sin perjuicio de la cena que yo tenía prometida para esta noche si llegábamos los primeros.

SANT. ¡Admirable! En esa prueba sí que no le cedo a ninguno el primer puesto.

ERN. ¡Eres el campeón de los gorrones, Santín!

SANT. Ernestina, por Dios, que hay señoritas delante.

ERN. No, perdona; tratándose de comer, delante de ti, no hay nadie.

ISAB. ¡Eres incorregible! Pero vamos, niñas, id desfilando al comedor. Y usted, Luis, no se haga de rogar.

LUIS. *(A Isabel.)* ¿El brazo? *(Ella lo acepta y, en unión de los demás personajes, hace mutir por derecha. Luis inicia con Isabel una animada conversación; Ernestina se dirige hacia la balaustrada del fondo. Toto se aproxima a Santín, al que habla confidencialmente. Todo simultáneo.)*

TOTO. *(A Santín.)* Amigo, la ha dao usté de primo.

SANT. ¿Eh?

TOTO. Que eso der tobillo es un truco.

SANT. No comprendo.

TOTO. Que lo de la caña ha sío pa pescarlo a usté.

FLOR. *(Que al levantarse, finge un nuevo dolor.)* ¡Ay!

SANT. ¿Vuelve el dolor?

FLOR. Sin duda, la envoltura musculosa está resentida, y al moverme... *(A Santín.)* Si fuese usted tan amable...

SANT. Con mucho gusto... Toto, acompañe usted a Flor de Lis. Yo me quedo en la terraza, ya sabe usted que no bebo y que sólo el olor me hace daño.

FLOR. Bien hecho; está usted con los naturistas y conmigo. «El alcohol es el destructor de las razas». ¿Vamos, pollo? *(A Toto.)*

TOTO. Andando, doña Flor.

FLOR. Andando, pero despacito.

TOTO. (¡Esta me la paga don Santín! ¡Digo si me la paga!)

FLOR. (¡Ay! ¡Qué diferencia de brazo!... Con lo agustísimo que yo me reclinaba en el de Pellejero!) *(Mutis por la derecha.)*

ERN. ¡Enhorabuena, Santín!... ¡Ahora sí que no me negarás que la has dislocado!

SANT. ¿Pero qué dices, criatura?

ERN. Lo que salta a la vista; que Flor de Lis está por ti, que hace números.

SANT. Sí, números de circo; equilibrios y malabares, pero como si diera saltos mortales; yo soy incorruptible.

ERN. Pues es una admirable proporción.

SANT. Justo, una proporción en que la incógnita son los años; lo malo es que yo no estoy por los problemas.

ERN. Es decir, que la pobre Flor, ¿pierde el tiempo?

SANT. Pero, hombre, ¿dónde voy yo con una flor tan pasada?

ERN. ¡Bah!... ¡Así sois todos!... No merecéis nunca las pasiones que encendéis en el corazón de las mujeres...

SANT. ¿Es decir, que tú crees que todo el que enciende una pasión...?

ERN. Debe de apagarla si es un caballero.

SANT. Sí; pero es que yo he encendido muchas en este mundo.

ERN. Por eso: casándote con Flor...

SANT. ¡Iba a apagarlas todas juntas, no te quepa duda! Además, ya sabes que yo soy enemigo mortal del matrimonio. ¡Ah! ¡Si Adán y Eva no hubieran cometido la tontería de casarse!...

ERN. ¿Qué?

SANT. Que no estaría el mundo como está; el matrimonio es la perdición de los hombres; mata las iniciativas, aniquila las energías, oscurece los talentos más claros... Casarse es consagrarse al hogar, a la familia, a los menesteres caseros, a todas esas cosas que deben ser primitivas del sexo femenino: por eso yo he llegado a la conclusión de que las únicas que deberían casarse son las mujeres.

ERN. Pero ¿con quién? *(Muy asombrada ante la doctrina de Santín.)*

SANT. ¡Caramba, es verdad!... Pues, mira, en eso no había caído.

ERN. En serio, Santín; ¿por qué piensas de ese modo?

SANT. En serio, Ernestina; porque la culpa de todas mis desventuras la tiene una boda.

ERN. ¿Tuya?

SANT. De un amigo entrañable; éramos uña y carne; él era la uña.

ERN. ¿Por qué lo sabes?

SANT. Porque al final me convencí de que era un «hueso». Como te digo, nuestra amistad rayaba en la fraternidad desde la infancia; ¿se trataba de ir al teatro? Ibamos los dos. ¿Había que hacer una visita? Ibamos los dos. ¿Tocaba ir a clase? No íbamos ninguno, para estar de acuerdo en todo. Un domingo de Carnaval vimos en un coche a una muchacha preciosa; nos enamoramos de ella, la paseamos la calle, la pedimos relaciones y nos dijo que sí porque le fuimos muy simpáticos; es decir, se lo fué mi amigo, con el que se casó al año y medio. No puedes ima-

ginarte la emoción con que esperé aquel día; me acicalé, como si fuese el contrayente, y hasta tuve la coquetería de retratarme después de la ceremonia; solo, naturalmente, pero me retraté. Por una elemental delicadeza, mi amigo no me permitió que le acompañase en el viaje de novios, y cuando, de regreso a Madrid, yo esperaba saborear las dulzuras de la vida tranquila en el nuevo hogar, mi fraternal compañero se encerró conmigo en el despacho y poniéndome en la mano un billete de mil pesetas, me dijo: «Mi mujer no quiere que vivas con nosotros: sostiene que cada hombre debe crearse una posición por su propio esfuerzo, y yo, sintiéndolo mucho, me veo obligado a separarte de mí». Le hice mil reflexiones acerca de lo imposible que me sería cambiar de vida; me respondió que para eso me daba el billete, para que pudiera cambiar; me abrió los brazos, me cerró la puerta y me lanzó al vacío.

ERN. ¡Chico!... Si Shakespeare coge esa tragedia, te inmortaliza.

SANT. Comprendiendo que había de trabajar para comer, decidí ejercer la carrera de abogado; defendí varias causas, cobré fama, porque como las perdí todas, no pude cobrar otra cosa, hasta que tropecé con un nuevo amigo providencial, tan cariñoso y tan amable como el anterior; pero... ¡mi triste sino, Ernestina, a los diez meses se me casó también y ya puedes imaginarte la escena: un billete, esta vez de quinientas pesetas, y las consabidas palabras: «Mi mujer no quiere que vivas con nosotros, etc., etc.» Total, ¿para qué cansarte con el relato de mis desventuras? Así se me han casado cuatro, el último hace un año, después de llevarme a la boda nada menos que a La Coruña.

ERN. ¿Y ése también te dió un billete?

SANT. Sí; me dió un billete de vuelta para Madrid.

ERN. Pues, hijo, eres una adquisición para una Agencia de matrimonios.

SANT. ¡Como que debía subvencionarme la Vicaría! Menos mal que ahora me parece que tengo amigo para una eternidad.

ERN. ¿Luis Almodóvar?

SANT. Luis Almodóvar, sí, que en punto a celibatismo es una verdadera fiebre silvestre. Como yo, es incorruptible... Ya ves, ahora acabamos de recorrer en «La Golondrina», su «yath» de recreo, toda Europa, parte de Asia y casi toda América; hemos visto las mujeres más diversas, pues como si no: los dos, incorruptibles. A través de las mayores bacanales, después de las noches más orgiásticas, ni el más leve recuerdo, ni la más sencilla complicación: el puerto..., un bote..., y él y yo, al «yath».

ERN. Pues no sabes lo que me felicito, en nombre del sexo

femenino, de esa condición de invulnerable que adorna a tu amigo; porque, hijo mío, antipáticos, presuntuosos y fatuos los habrá; pero como el tal Luisito te aseguro que no espero encontrarle en el mundo.

SANT. (¡Duro, Santín, que el que quita la ocasión, quita el peligro!) ¿Fatuo, presuntuoso y antipático has dicho? Pues has dicho bien, y has dicho poco. *(En la puerta del hotel aparece Luis, que escucha hasta el fin de la escena, sin ser visto por Santín y por Ernestina, y comentando con sus gestos las frases que escucha.)* Luis Almodóvar es, además de todas esas cosas, tacaño y miserable como un judío.

ERN. Caramba, Santín, pues en ese aspecto tiene fama de todo lo contrario.

SANT. ¡Mentira vil!... ¡Si lo sabré yo!... Y es sanguinario y cruel como Barba Azul.

ERN. No te creo, porque a correcto y a galante pocos le ganarán.

SANT. ¡Pura farsa! ¡Habilidades de lobo carnicero! Lo que yo te puedo asegurar es que en «La Golondrina», donde yo tengo absoluta libertad para abrir y cerrar todas las puertas, hay una, cuya llave conserva cuidadosamente, sin permitirme que trasponga sus umbrales. (Y no miento: la puerta de la bodega.)

ERN. ¡Que atrocidad! Un muchacho que, a pesar de todo, tiene buena figura y no es feo...; eso hay que reconocerlo.

SANT. ¿Que no es feo Luis? Pero ¿cómo le has mirado, criatura? Si tiene las piernas torcidas, si bizca los ojos al mirar, si además, y con esto está dicho todo, es reumático y usa la ropa interior de bayeta amarilla, que cuando se va a acostar parece un canario en la muda.

ERN. ¡Jesús, qué proporción más extraordinaria!

LUIS. *(Que ya no puede más, saltando indignado.)* ¡Ea!... ¡Esto no hay paciencia que lo resista!

SANT. ¡Atiza! ¡El infrascrito!

ERN. ¡El canario!

LUIS Eres un perfectísimo sinvergüenza, Santín, y o te retractas ahora mismo de todas las bellaquerías que acabas de hacer pasar por verdades o te tiro de cabeza al mar.

SANT. Hombre, repara que...

LUIS. No reparo nada; eres un mentiroso de cuerpo entero y tienes que retractarte.

SANT. ¿Retractarme? ¿De cuerpo entero?... Me parece demasiado, Luis, habiendo una señorita delante...

LUIS. Perdona, Ernestina; pero como comprenderás, la cosa no es para...

ERN. Pero si tiene muchísima gracia... ¡Ja, ja, ja! ***(Riendo a***

carcajadas.) Si yo me he divertido como nunca. *(Nuevas risas.)* Mira que tacaño como un judío... ¡qué cosa más graciosa! Y además, sanguinario como un Barba Azul... ¡Jesús, qué miedo!... Y además reumático y con la ropa interior amarilla. ¡Es que no quiero acordarme porque me muero de risa!... ¡Ja, ja, ja!... *(Luis trata de avanzar hacia Ernestina con objeto de hablarla, pero ella redobla sus carcajadas y, sin dejarle que pronuncie ni una sola palabra, hace mutis al hotel sin cesar de reír estrepitosamente. Al talento de la actriz, encomendamos la expresión de este difícil momento escénico. Después de vacilar dice:)*

LUIS. ¡Bueno! ¡Señor don Santín Pellejero!: escója usted la clase de muerte que más le agrade, porque va usted a entregar su alma a Dios, si es que Dios tiene la humorada, que lo dudo, de recoger una cosa tan inútil.

SANT. Pero, ¿esó es un fallo inapelable?

LUIS. Una sentencia del Supremo. Ahora que, siguiendo la costumbre establecida, antes de aplicarte la última pena, te hago gracia de concederte lo que me pidas.

SANT. ¡Pues maldita la gracia que me haces!

LUIS. Habla, pero rápido; no olvides que son las doce y media y que a la una, debes estar allí arriba. *(Señalando al cielo.)*

SANT. Te advierto que nó me esperan a almorzar.

LUIS. Ya te escucho.

SANT. Ante todo, contéstame a unas preguntas: ¿tú eres partidario o enemigo del matrimonio?

LUIS. Enemigo acérrimo, ya lo sabes.

SANT. *Te felicito una vez más. (Le estrecha la mano efusivamente.)* Y prosigo en mi interrogatorio: si uno de tus amigos, el más íntimo, el más entrañable, el que se regodea con los suculentos manjares de tu mesa y aromatiza el aire que respira con el humo de tus espléndidos habanos... *(Viendo que por el bolsillo de la americana le asoma un cigarro, se lo coge tranquilamente y se pone a fumarlo.)* se permitiese jugarte la mala pasada de darte a traición un empujón hacia el matrimonio, ¿tú que harías con él?

LUIS. ¿Y tú me lo preguntas? Le haría servir de pasto a los peces.

SANT. ¡Me parece muy bien! Y si, por el contrario, ese mismo amigo desbrozase el camino de tu vida de los peligros matrimoniales que te acecharan, y te colocase en condiciones de seguir siendo célibe hasta el fin de tu existencia, ¿cómo se lo pagarías?

LUIS. Estrechándole entre mis brazos y colmándole de atenciones.

SANT. *(Aproximándose a Luis para que le abrace.)* Pues estrecha y colma.

LUIS. Pero, ¿esto qué significa?

SANT. Que ese amigo soy yo, Luis, y que todo lo que has

oído de mis labios, no era motivado más que por mi deseo de evitarte un peligro en lo futuro.

LUIS. ¡Ah!..., ¿de modo qué...?

SANT. Que soy un mártir de la amistad al que se le han casado ya cuatro amigos y que no está dispuesto a consentir que tu hagas el quinto.

LUIS. Entonces, ¿lo de Barba-Azul...?

SANT. Un cuento.

LUIS. ¿Lo de mi tacañería...?

SANT. Un ardid.

LUIS. ¿Y lo de la ropa interior amarilla...?

SANT. Un disfraz de canario flauta. Demasiado sé yo que tú eres apolíneo en la figura, magnánimo en la recompensa y exquisito en la indumentaria, pero ¿qué quieres?... ¿que le diga todo esto a una muchacha soltera que es siempre un enemigo de tu libertad? No, Luis, no; yo podré tener todos los defectos, pero no vendo a un camarada ni aunque me lo paguen al peso. Y, ahora, ya lo sabes todo; hiéreme, mátame si quieres, pero prométeme antes que enviarás mis papeles a Roma, porque en cuanto se entere Pío onceavo de las causas de mi muerte, me canoniza.

LUIS. ¡Eres inmenso, Santín Pellejero!... *(Transición.)* Y, dime, dime, según eso, tú crees que Ernestina es un enemigo temible...

SAN. *(Se impone la misma táctica.)* Pero, ¿qué dices, incauto palomo?

LUIS. Hombre, la muchacha, después de todo, reúne una suma de atractivos y de encantos...

SANT. En esa suma estás equivocado; además, que he ahí el mayor peligro de las mujeres: el que se fija en la suma se casa, al poco tiempo se multiplica y el que se multiplica, se divide, créeme a mí.

LUIS. Pero no me negarás que Ernestina tiene un físico...

SANT. A fuerza de afeites, de ungüentos y de pomadas: de manera que ya lo ves: ese físico es químico.

LUIS. Sin embargo, el cuerpo...

SANT. ¡Una birria!

LUIS. Y la dote...

SANT. Una pequeñez...

LUIS. Verdaderamente que el que te pida consejo a ti, no se casa ni con la Venus de Milo.

SANT. ¡Dios te oiga, Luisillo, porque si El te deja de su mano y caes, a mí no me queda más recurso que el amoroso abrazo de la Parca!

LUIS. Pues ya puedes estar bien tranquilo, que lo que es yo... Y ahora menos que nunca, Santín.

SANT. ¿Menos que nunca has dicho?... A ver, a ver, descifra

esas palabras cabalísticas, en las que he creído entrever un luminoso rayo que me deslumbra.

LUIS. No vas equivocado. El veraneo puede que se termine con una «faena de categoría», y como yo para ti no tengo secretos, allá va mi confesión.

SANT. Silabea, que te oigo con una atención de radioescucha.

LUIS. Aquí, no; pueden salir las muchachas, puede sorprendernos Flor de Lis...

SANT. Tienes razón; allí, al otro lado de la terraza, donde nadie nos estorbe...

LUIS. En marcha. *(Iniciando el mutis por última derecha.)* Te prometo para el almuerzo dos botellas de la Viuda.

SANT. Mientras sepa que sigue siendo viuda, la acogeré con todo cariño; pero en cuanto llegue a mí, la noticia de que ha vuelto a casarse... ¡me dedico a desacreditar la marca! *(Al mutis.)* ¡Bueno!... ¡Con este Almodóvar he encontrado yo un seguro de vida! *(Hacen mutis por última derecha detrás del hotel. Hay un instante de pausa, al final del que, por la puerta, asoma la cabeza de Ernestina, que curiosea la escena.)*

ERN. *(Hacia el interior del hotel y con misterioso acento.)* No se ve a ninguno de los dos... No se oye nada... Salid con mucha precaución. *(Baja los escalones que la separan de la escena, y tras ella, con idéntico sigilo, hacen lo propio Petrita, Fifina y Cachita.)*

PET. ¿Qué habrá sido de ellos?

FIF. Dices que...

CAC. ¿Será posible?

PET. Pero, ¿tú crees...?

ERN. No me cabe la menor duda: la actitud de Luis Almodóvar era la de un hombre decidido a todo.

PET. ¿A todo?

ERN. ¡Absolutamente!

PET. ¿Y el pobre Pellejero?

ERN. Figuraos: temblaba como si estuviera atacado de ese baile antiguo que ya no se estila.

FIF. ¿El rigodón?

ERN. ¡Quita, mujer!... El baile de San Vito.

PET. ¡Pobrecillo!

FIF. Si ya os he dicho yo que Luis es temible: menudas cosas me ha contado a mí de él mi hermano.

CAC. En casa ha prohibido mamá que nos tratemos con él.

PET. Y mi tía dice que más que calavera es un esqueleto completo.

FIF. ¡Ay! *(Suspirando.)* ¡Pero es tan simpático!

CAC. ¡Tan elegante!

PET. ¡Y baila de un modo el tango argentino!

ERN. (¡Bueno!... ¡A estas cursis las pongo yo los dientes largos!...) Y después de todo, ¿sabéis por qué ha amenazado de muerte al infeliz Santín?

CAC. ¿Por qué?

ERN. Porque le sorprendió contándome ciertas hazañas suyas.

PET. ¡Ah!... ¿de modo que tú sabes...?

FIF. ¿Estás en el secreto de...?

CAC. ¡Ay, por Dios! Cuéntanos...

ERN. Hijas, no sé si debo; además, que Santín me obligó a prometerle que guardaría el secreto.

FIF. Pero, mujer; entre amigas...

CAC. Además, que a nosotras es también en secreto como nos lo refieres.

ERN. ¿Y no se lo diréis a nadie?

CAC. Descuida, que si lo decimos a alguien será del mismo modo: siempre en secreto.

ERN. En ese caso... *(Aparte.)* (¡Por presumido, voy a ponerle en ridículo, porque lo que es éstas se lo cuentan hasta a la orquesta del Casino!) Escuchad... *(Fifina, Cachita y Petrita se agrupan en torno a Ernestina, mientras ésta se dispone a contar de Luis las más absurdas aventuras, llevada del «piadoso» deseo de que sus interlocutoras le pongan en solfa al divulgarlas.)*

PET. Oye, ¿es verdad que ha viajado mucho?

ERN. ¡Uf!... ¡Una atrocidad!... Ha dado la vuelta al mundo dos veces, una para allá y otra para acá.

CAC. No lo entiendo.

ERN. Más claro: que ha dado una vuelta de ida y vuelta; al ir tardó doce meses, y al volver, quince.

FIF. ¿Por qué?

ERN. Porque todo el camino era cuesta arriba.

FIF. ¡Ah!

PET. ¿Y te contó Santín alguna de las aventuras de Almodóvar?

ERN. Me contó varias, pero una sobre todo, ¡atroz!

CAC. ¿La de China?

ERN. ¡La misma!

FIF. ¡Ay!... ¿Cómo es? ¿Cómo es? *(Muerta de curiosidad, que domina, asimismo a Petrita y Cachita.)*

ERN. Pues veréis. Cuando Luis Almódovar llegó a Pekín, le presentaron en casa de un alto dignatario de la corte, uno de los más famosos mandarines de la ciudad, que tenía cinco hijas; Luis comenzó a frecuentar la mansión del mandarín, donde le obsequiaban a diario con una taza de té; bailaba con las muchachas, coqueteaba con ellas, y un día, ¡zas!..., una mandarina que desaparece; los padres, locos, comienzan a hacer indaga-

ciones, y Luis Almodóvar a ayudarles, cuando, de repente, ¡ pum !, desaparece la hermana que la seguía. Redoblan, como es natural, las pesquisas, sin que nadie sospeche de él, y a la tarde siguiente, al llegar a la casa del mandarín, se encuentra con que éste y su consorte salen gritándole: «Las cinco, ¡ las cinco !» «Justo, la hora del té», contesta Luis, y le responden: «No; si queremos decir que han desaparecido las otras tres hijas»... Asombro, desorientación, toda la policía de Pekín en funciones, y a la mañana siguiente, «La Golondrina», que leva anclas, llevándose en su seno las cinco mandarinas... ¿Eh?... ¿Qué os parece?

PET. ¡ Hay que ver !, ¡ qué hombre !

FIF. ¡ Cinco mandarinas !

CAC. ¡ Y seguidas !

ERN. ¡ Para coger una indigestión !

FIF. Pues hija, di tú que las niñas de Pekín sí que son de fiar...

ERN. Yo siempre he oído que las mujeres de China son las más frágiles del mundo. ¡ Ah !..., pero no es eso lo peor...

CAC. ¿No?

ERN. No; lo peor es que las cinco hijas de la celeste república viven en el «yath» con Luis y con Pellejero.

PET. ¿Ah, sí?

ERN. Cómo lo oís, y además que... *(Sigue hablando con ellas en voz baja a tiempo que por donde hicieron mutis, aparecen Santín y Luis estrechamente cogidos del brazo.)*

SANT. ¡ He ahí las bellas ondinas del Cantábrico !

LUIS. ¡ Bellas !..., pero pérfidas, Santín, no lo olvides, ¡ son solteras ! *(Santín hace cómicamente la señal de la cruz y los dos avanzan hacia las muchachas.)*

SANT. ¿Jugáis a prendas?

LUIS. ¿Os confesáis mutuamente vuestros secretos de amor?

PET. ¡ Ay !

FIF. ¡ Jesús !

CAC. ¡ Ellos !

ERN. ¡ Soñábamos con un príncipe encantado !

LUIS. ¿Y quién era, si puede saberse? *(Forma Luis grupo con las muchachas, mientras Ernestina cambia unas palabras con Santín.)* ¿Por fin te perdonó la vida?

SANT. Sí; pero no te fíes, Ernestina, porque, ahora que no nos oye: ¡ todo lo que he dicho es verdad !

FLOR. *(Por la puerta del hotel sale del brazo de Toto y de Martínez.)* Con cuidado, que estos escalones son más traidores que un tipo de melodrama.

SANT. ¿Aún dura esa luxación?

FLOR. En cuanto me muevo me vuelve el dolor.

ISAB. *(Que sale con María Luisa y Ricardito.)* Nada, mujer eso no es nada; ahora, en cuanto llegues a casa, te das unas friegas con la embrocación de María Luisa, y ¡como nueva!

M. LUI. Lo único que tiene es que escuece algo...

SANT. Pero si no hay mas remedio, no hay mas que aguantar.

FLOR. Bien dicho, Santín; usted está con César y conmigo: «Alea jacta est». *(Como se escribe.)*

SANT. (¡Qué barbaridad!) *(Siguen hablando.)*

LUIS. *(Que se ha separado del grupo de las muchachas y se dirige a Isabel.)* Isabel...

ISAB. No olvide usted que esta noche es la cena ofrecida por Ernestina para celebrar el triunfo.

LUIS. No lo olvidaré... *(Intimo.)* No olvide usted tampoco mis palabras de antes.

ISAB. Por Dios, Luis..., que pueden oírle.

LUIS. Es verdad; perdón. Hasta luego. *(La besa la mano. A Santín.)* ¡En marcha, Santín!

M. LUI. ¡Ea, niñas...! Vámonos todos. Os dejaré en vuestros hoteles respectivos.

ISAB. Y tú, María Luisa, que no deje de venir esta noche Arquímedes, tu marido.

M. LUI. ¡Qué sé yo! ¡Es tan retraído!... En fin, por mí no ha de quedar.

TOTO. *(A Santín.)* ¡Gachó con er truco de esta solterona! Bien podía osté relevarme.

SANT. ¿Quién, yo? Propongo una cosa: que el que llegue el último al faro, pague el «vermouth».

TODOS. Eso, eso.

LUIS. Pues a la una, a las dos... y a las tres. *(Con gran algarabía y estruendo, hacen todos mutis menos Flor de Lis, Toto, que no se puede soltar de su brazo, y Santín, al que Flor coge por la americana, impidiéndole huir. Ernestina, riendo, desde el último término izquierda, ve marchar a todos y les dice adiós con el pañuelo. Isabel y María Luisa han salido también juntas y despacio.)*

FLOR. *(Al sujetar a Santín.)* ¿Me presta usted el brazo, caballero Pellejero?

SANT. ¿Cómo prestárselo?... Si pudiera... ¡Se lo regalaba!

TOTO. ¡Sembrao! ¡Ha estao'sté sembrao!

SANT. ¡Sí...! ¡Sembrao... y con Flor! Ya lo está usted viendo. *(Hacen mutis lentamente por donde todos.)*

ERN. Esta noche no se hablará en Marbella mas que de la aventura que yo le he colgado a Luis Almodóvar. ¡Pobre Luis

modóvar! Después de todo, es mucho más infeliz de lo que rece...

ISAB. *(Entra por donde hizo mutis; se vuelve para decir iós a los que se alejan y suspira.)* ¡Luis Almodóvar!... Es ucho más peligroso de lo que yo creía. *(El telón, que ha coenzado a caer lentamente con la frase de Ernestina, cae aho- rápido.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

aloncito en el hotel de Isabel y Ernestina. Gusto, distinción y confort en el decorado y en el moblaje. Al foro, gran puerta de cristales, abierta, que da a una pequeña terraza que cae sobre el mar. Puertas en ambas laterales. Es de noche y la escena aparece sola y espléndidamente iluminada.

poco de levantarse el telón, desciende, de la terraza a la esena, Santín Pellejero, que viste de smoking y fuma un buen cigarro puro.)

SANT. «Hermosa noche, ¡ay de mí!,
cuántas como ésta, tan puras...»

Ha llegado a una mesita volante, sobre la que hay una caja de abanos, que abre, cogiendo dos de ellos, luego de examinarlos.) Puros?... Era lo único que me faltaba para completar el porenir de este «Romeo y Julieta». Cogeré dos; uno por barba y tro por nacarado y aterciopelado cutis; lo contrario sería quear mal con Julieta, y yo no veo razón a distinguirla de Roneo. *(Se acomoda con toda tranquilidad en un amplio butacón, aboreando el habano.)* La vida es amable..., sobre todo, después e comer bien y lejos de la mujer que le atormenta a uno la xistencia; ¡esa Flor!... ¡Esa Flor!... ¡Qué lástima no poderla neter entre las hojas de un libro y, ¡pum!, cerrar de golpe para lejarla dentro!... *(Por la lateral derecha, Toto, Ricardito y Marínez. Visten como Santín.)*

TOTO. ¡Ahí le tenéis ustés!... ¡Siempre trabajando por el orvenir de la Humanidad!

RIC. ¡Santín!

MART. ¡Pellejero!
TOTO. ¿Se mologuea?
SANT. ¡Ah! ¿Sois vosotros? Se dialoga, mis queridos amigos, se dialoga.
TOTO. *(Después de mirar en todas direcciones buscando inútilmente al interlocutor de Santín.)* ¿Con quién?
SANT. Con mi otro yo, que decimos los metafísicos.
TOTO. ¿Y de qué habláis ostés?
SANT. De la fortaleza del sexo débil y de la debilidad del sexo fuerte.
TOTO. ¡Oús!... Eso es una paradoja.
RIC. Pero, ¿es posible que tú razones en serio, Santín?
SANT. Completamente; es la única manera de parecer joven, ahora que a los viejos les ha dado por echarlo todo a broma, hasta los años. Además... ¿Queréis decirme qué es la vida si no una paradoja que se mueve?
TOTO. ¡Arrea!... ¡Le ha trastornao a usté la última copa de Champagne!
SANT. Pues se equivoca usted, que me ha trastornado la primera.
MART. Entonces, ¿para qué has seguido bebiendo?
SANT. Para ver si proporcionándola compañía me molestaba menos.
TOTO. ¡Sembrao!... ¡Está osté siempre sembrao!
MART. Antes decía Ernestina, que eres el hombre que más divierte gratis a la gente.
SANT. ¿Sí, eh?... ¡Vaya!... Pues desde hoy varío; yo estaré sembrado—que dice Toto—, pero como no me abonen, no doy fruto.
TOTO. Güeno..., y ahora, hablando de otra cosa... Usté tiene motivos para estar bien enterao...; nosotros rabiamos por saberlo y tenemos opiniones contradictorias; no nos engañe usté Santín. *(Con cierto misterio.)* ¿Es verdá lo de Ernestina y Luis?
SANT. *(Con gran firmeza.)* ¡Sí!
MART. *(A los otros.)* ¿Lo véis?
RIC. ¿No os lo decía yo?
TOTO. ¡Estaba descontao! *(A Santín.)* Entonces, lo de Luis e Isabel, ¿no es verdá?
SANT. *(Con la misma firmeza de antes.)* ¡No!
RIC. ¡Naturalmente!
MART. ¡Como que yo iba a equivocarme!
TOTO. ¡Yo he sido el único que he visto claro!
SANT. Venid acá, que ahora me toca a mí preguntar. ¿Qué es lo de Isabel y Luis y lo de Luis y Ernestina, para que yo me entere?
TOTO. ¿Cómo?

RIC. ¿Eh?

TOTO. ¿Usted no sabe...?

SANT. Ni palabra.

TOTO. Entonces, sus respuestas...

SANT. Que vuestra compañía me es muy agradable y he uerido quedarme con vosotros—que dicen los flamencos—para na temporada.

TOTO. Es decir, que...

SANT. Que si no os molestáseis os daría un consejo, en lan macarrónico para mayor claridad, ya que aquí este sevillano omina las lenguas muertas: «Murmurationibus gentium estultiia est.» *(Se va hacia el foro. Pronúnciese lo anterior así: «Murnuracionibus gencium estulticia est.»)*

MART. *(A Toto.)* Oye, tú, ¿qué nos ha dicho?

RIC. ¿Es algo malo?

TOTO. Lo de la «murmurationibus» está claro; lo de la gentium» tampoco ofrece dificultad, ahora que lo de la «estulitia» voy a tenerlo que mirar en un diccionario, porque no esoy muy seguro de la traducción.

SANT. ¡Decididamente, a este Toto le falta una consonane en el nombrecito! *(Por el foro, Flor de Lis del brazo de Luis, legantísimamente vestida ella, pero con un traje juvenil que marea»; él, de etiqueta.)*

FLOR. *(Deteniéndose; a Luis.)* ¿No le decía yo a usted, caballero Luis, que le encontraríamos en el «fumoir»?

SANT. ¡Atiza! ¡Mi pesadilla!

FLOR. Perdonen ustedes, juveniles contertulios, que interrumpa su amena charla; pero este hombre *(Por Luis.)* me ha trasmitido tales cosas de parte de Santín, que no he tenido más remedio que darle las gracias por sus alagüeñísimos conceptos y lanzarme en su busca, hasta que, por fin, hele aquí.

SANT. ¡Heme! ¿Ese? *(Por Luis.)* ¡Ca!

FLOR. ¡Por Dios, Santín!... ¡Que parece que está usted deletreando!

LUIS. Ea; una vez hallado el galán perdido, yo desaparezco.

TOTO. ¡Digo!... Y nosotros también.

RIC. Pero que a escape.

LUIS. Ustedes tienen que hablar.

SANT. No, hombre, no marcharse; con lo agradable que es vuestra compañía.

LUIS. Ya sabes que nuestra característica es la discreción.

SANT. Pero si me dejáis sin compañía... ¿De qué me sirve a mí la característica?

LUIS. Vaya, hasta luego.

TOTO ¡Salú y elocuensia! *(Y tras una sonora carcajada, hacen los cuatro mutis por el foro. Flor de Lis, ruborosa, mira*

de reojo a Santín; éste, cómicamente molesto por la «encerrona», no sabe cómo romper el hielo.)

SANT. *(Aparte.)* (Estos guasones se han empeñado en que me haga daño la cena, y la cena me hace daño a mí; ahora, que luego yo les hago daño a ellos.)

FLOR. ¿Decía usted algo, simpatiquísimo Santín?

SANT. Soliloquieaba, señorita. Era lo que podríamos llamar una edición privada de mis pensamientos.

FLOR. ¿Y no habría manera de que yo adquiriese un ejemplar de esa edición?

SANT. ¡Imposible!... Acaba de agotarse; no queda mas que el mío, y ése está en rústica.

FLOR. *(Siempre muy en cursi.)* Pero si usted me le prestase, yo le encuadernaría en piel de Rusia, con cantos dorados y una inscripción en el lomo, que dijera: «Pienso en ti». «Por Santín Pellejero». ¿No le gustaría?

SANT. ¿El lomo? ¡Con locura! Sobre todo en bocadillos.

FLOR. ¡Bah!... Se está usted chanceando de mí.

SANT. ¡Qué disparate! Correspondía al tono humorístico de sus palabras y nada más.

FLOR. Bien; lo creo. Pero, ya en serio, contésteme a una pregunta: ¿es cierto todo cuanto me ha dicho Luis?

SANT. Hombre, Luis no ha sido nunca un embustero, ahora, que a lo mejor, en esta ocasión, le ha dado por probar si servía para ello.

FLOR. Concretemos: usted, mientras tomaban hoy café sobre la cubierta de «La Golondrina», ¿no ha hablado con su amigo de alguna mujer?

SANT. *(Aparte.)* (¡Atiza!) *(Alto.)* Sí..., es posible..., no recuerdo...

FLOR. ¡Quiere disimular!... ¡Corazón, no saltes, que me delatas! Me interesaría que recordase...; ¿a usted le molestaría que reconstituyéramos la escena?

SANT. Al contrario, Flor de Lis; usted manda en mí como capitana generala. *(Aparte.)* (¡Me parece que estoy haciendo el quinto!)

FLOR. Por Dios, Santín, quite usted entorchados y déjeme describir el fondo de la escena que trato de hacerle recordar: prima tarde...

SANT. *(Aparte.)* (¡Pero qué prima!)

FLOR. La silenciosa cubierta del «yath»: una mesita volante, dos sillas, dos amigos y dos tazas de café.

SANT. En la mía, cuatro terrones; es mi costumbre; prosiga...

FLOR. Todo está en calma: el cielo está sin nubes y azul está la mar.

SANT. Eso es de «La Tempestad»; conozco el repertorio.

FLOR. Usted se queja a su amigo de la monotonía de su vida e soltero: le dice que está deseoso de constituir un hogar, de allar una mujer que comparta con usted las dulzuras de su xistencia, que sea en la negra noche de sus soledades la estrela que le marque un nuevo amanecer; entonces él, conocedor del orazón humano, interroga, inquiere, sonsaca, y usted... da un iombre que corresponde a la esperada, la compañera, la estrella...

SANT. *(Aparte.)* (¡La estrello!... ¡Palabra, que la estrello!)

FLOR. Y ahora pregunto yo, Santín amigo: por su fe de aballero, por su estirpe y su blasón...

SANT. *(Aparte.)* (¡«Molinos de viento»! Esta mujer es de zarzuela.)

FLOR. Dígame usted la verdad: ¿aquellas palabras fueron la expresión de una convicción arraigada, o no pasaron de ser un vapor calenturiento?

SANT. *(Aparte.)* (¡Mi madre, qué conflicto!) *(Alto.)* Estando como estábamos en el mar, muy bien podían haber sido un vapor, pero... (¡Bueno! ¿Y quién le dice a esta mujer que Luis le ha gastado una broma?)

FLOR. Pero, ¿no lo fué?

SANT. (¡Ea! ¡Pecho al agua!) No lo fué, no, señorita; ahora que yo no sé si Luis la ha dicho a usted toda la verdad; yo, usted no lo ignora, soy un enemigo recalcitrante del matrimonio: el solo hecho de escuchar esa palabra me pone nervioso, me saca de mis casillas, me revoluciona: ¡Me bolcheviquiza!

FLOR. Entonces...

SANT. Yo comprendo el amor, le acato y le venero, pero libre como el pájaro.

FLOR. ¡Jesús! Es decir, que la mujer amada por usted. .

SANT. Ha de amarme a mí por mí mismo, sin lazos indisolubles, iniciando el acoplamiento con una sola fórmula de mi invención: «Te quiero, me quieres, pues anda p'alante y compra los muebles, que yo no tengo suelto.»

FLOR. ¡Qué atrocidad!

SANT. Pero hay algo más grave. (Ahora le devuelvo el pelotazo a Luisito.)

FLOR. ¿Más grave?

SANT. Sí, Flor; grave, gravísimo, trágico, espantoso; que esa mujer, cuyo nombre di yo en la cubierta de «La Golondrina», es amada al propio tiempo que por mí, por mi amigo entrañable, por mi camarada fraterno, por Luis Almodóvar. (¡Toma! ¡Para que me gastes chuflas!)

FLOR. ¿Eh?... ¡No!... ¿Sí?... ¡Dios mío!... O es que venían retrasados o es que este veraneo me ha rejuvenecido...

SANT. Y yo, soy un defensor del amor libre, que no obliga

a las mujeres a que le quieran por la fuerza, pero Luis es más: es un «tenorio», y un «tenorio» no repara en medios para lograr su deseo... porque, estando verdaderamente enamorado, ¿usted sabe cuál es el primer acto del «tenorio»?

FLOR. Sí, señor; «la hostería del «Laurel».

SANT. No, señora; el rapto a bordo del «yath» a las islas Jamaicas o a la Indochina, que no me negará usted que es un rapto muy largo.

FLOR. No siga usted, por caridad se lo suplico; son demasiadas emociones seguidas... Yo no podía ni siquiera imaginar... Y búsqueme después; necesito que hablemos serenamente, tranquilamente...

SANT. No olvide usted que sobre la cabeza de dos amigos entrañables y de una mujer hermosa, se cierne una tragedia, y que si es usted buena amiga de ella, ya que conoce su nombre debe evitar que el mal llegue a su término.

FLOR. (¡Otro nuevo caos! ¡Yo enloquezco!) Santín, un favor; yo me había permitido coger de la mesa estas dos mandarinas, con objeto de hacer con usted un sencillo experimento de física recreativa, en la creencia de que nuestra conversación se deslizaría por cauces normales.

SANT. Conozco el experimento; se escribe un nombre en cada una, se tiran al mar y la que vaya más lejos, arrastrada por las aguas, asegura un amor más duradero.

FLOR. En efecto, pero yo no estoy ahora para esas regatas; guárdeme usted los dorados frutos, y después, cuando volvavamos a vernos, devuélvamelos; es un capricho, una niñería... cosas de la edad, si usted quiere. *(Le da las mandarinas que él se guarda en los bolsillos del smoking.)*

SANT. Usted me manda.

FLOR. Y paciencia, Santín, conformidad y fe. Voy a meditar, a tranquilizar mi espíritu, a poner en orden mis ideas... ¡Pero, señor, qué mal repartido está el mundo! Dos a la vez, ¡ay! y los dos me gustan. *(Llevada del brazo por Santín, cruza la escena, y a punto de hacer mutis por la derecha, le da su mano a besar. Santín la besa y ella hace mutis, muy cursimente ruborosa, con los detalles que a la artista sugieran el momento y la situación. Al iniciar este cruce de la escena han aparecido en el foro las adorables cabecitas de Ernestina, Petrita, Fifina y Cachita, que tan pronto ha desaperecido Flor de Lis, prorrumpen en una carcajada tan alegre como estruendosa.)*

SANT. *(Volviéndose rápido.)* ¡Eh! ¡Niñas..., niñas! Respetad la ancianidad.

ERN. Perdona, hijo. No sabíamos que ahora te había dado por presumir de viejo.

SANT. Me refiero a Flor de Lis. Además, que una mujer

namorada es digna de la admiración humana, hasta cuando haya llegado a este estado por el turno de antigüedad.

PET. ¡Ah! ¿Pero es que Flor de Lis está enamorada?

CAC. ¿De ti?

FIF. Es gracioso. *(Ríen las cuatro muchachas, alborozadas.)*

SANT. Caramba, pues no comprendo por qué os produce hilaridad que una mujer se enamore de mí.

ERN. Muy sencillo; por la misma razón que el Tenorio no se permite «Ciutti» hacerle la competencia a don Juan.

SANT. ¡Ah! ¿De modo que...?

CAC. Mientras subsista tu intimidad con Luis Almodóvar, no tienes derecho a amar ni a ser amado.

ERN. El es el acaparador.

PET. Tiene juventud.

FIF. Tiene elegancia.

CAC. Tiene una historia llena de aventuras.

PET. Y a propósito de aventuras... (yo me decido a preguntárselo), ¿es cierto lo de las mandarinas?

SANT. (¡Vaya! Estas nos han visto.) ¿Cómo os lo voy a negar? Sí, hijitas, es verdad. ¿Qué queréis? Debilidades de los hombres y de las mujeres.

FIF. Son cinco, ¿verdad?

SANT. No, no. Son dos nada más, os lo puedo jurar.

CAC. ¿Y para que las queréis?

SANT. Para una tontería; para un experimento de física recreativa; vamos a tirarlas al mar.

FIF. ¡Jesús!

PET. ¡Qué atrocidad!

ERN. Vamos, Santín, no asustes a las chicas. Cualquiera diría que te has contagiado de tu fraternal amigo *(Con ironía.)* y que te gozas en hacer sufrir a las mujeres.

SANT. Pero, nena, si las he dicho la más inofensiva de las verdades. *(Dentro se escucha un fox ejecutado en un piano.)*

FIF. ¡Callarse! ¿No oís?

PET. ¡Un «fox»!

CAC. Esa es Isabel que nos llama.

ERN. Y los muchachos que os esperan.

PET. Es verdad. Vamos corriendo.

FIFI. Sí, sí..., vamos.

CAC. *(Haciendo un gesto a Santín.)* ¡Monstruo!

FIFI. *(Idem.)* ¡Antipático!

PET. *(Idem.)* ¡Fiera! *(Y riendo a carcajadas hacen mutis por derecha.)*

SANT. *(Muy asombrado.)* Pues, señor, que me emplumen si las entiendo. En fin, «Juventud, divino tesoro», que dijo el poeta. ¿Tú no vas, Ernestina?

ERN. No; me espanta pensar que me estrechase por el tall ese hombre.

SANT. ¡Uy!... ¡Malo, malo, malo! Cuando una damita dic refiriéndose a un galán: «Ese hombre», es que para ella ya n hay en el mundo mas que aquél...

ERN. No seas estúpido, Santín. Además, te advierto que n estoy para bromas: tengo los nervios de punta.

SANT. *(Con cierta dulzura, que hasta ahora no empleó e ningún momento.)* ¿Mimos de chiquilla caprichosa?...

ERN. No sé. La tormenta de esta tarde, quizás.

SANT. O la de esta noche, tal vez.

ERN. *(Con asombro.)* ¿La de esta noche?

SANT. Sí, Ernestina. Entre tú y yo no cabe engaño, y e barómetro de mi experiencia, señala esta noche tormenta en t corazón. *(Ernestina comenta esta frase con una carcajada nerviosa, estridente.)*

ERN. ¡Ay, qué gracia!

SANT. ¿De qué te ríes?

ERN. De que te me figuro vestido de fraile, con la capuch calada y con el brazo así, extendido, indicando tempestad.

SANT. Qué divertido, ¿verdad?... Oye, y si en tu desbocad imaginación te parezco un fraile, aunque sea de escaparate d óptico, ¿por qué no pruebas a confesarte conmigo?

ERN. ¿Contigo? ¡Qué locura!... Y, sobre todo, ¿qué tendría yo que confesarte?

SANT. La verdad; el motivo de esa excitación nerviosa, el origen de esa nube de tormenta que ha descargado esta noche sobre tu corazón.

ERN. ¿Otra vez con lo mismo?... ¡Sabes que estás muy pesado!

SANT. ¡Ea! Para que no trates de engañarte a ti misma, ¿me dejas que, siguiendo un procedimiento muy corriente en las confesiones, sea yo quien pregunte y tú quien conteste?

ERN. Vaya, te has empeñado...

SANT. ¿Qué quieres?... ¡Por no perder la costumbre! Ven, siéntate aquí a mi lado; así, más cerca, como una niña chica que va a decirle su verdad a un viejo, para quien tiene el pecho de cristal.

ERN. Acabarás por interesarme con este nuevo aspecto de misionero.

SANT. ¿Cuántas galanterías ha tenido hoy contigo Luis?

ERN. ¿A qué viene esa pregunta?

SANT. Es un continental con la respuesta pagada, y el chico está esperando.

ERN. Pues contéstale que no estoy en casa.

SANT. Entonces, permíteme que siga otro procedimiento más

concreto y más claro. Luis Almodóvar no ha tenido contigo esta noche ni una sola galantería.

ERN. Ni maldita la falta que a mí me hacen las galanterías suyas.

SANT. También puede que eso fuese verdad, si él no las hubiese prodigado a las demás.

ERN. ¿Crees que puedo tener envidia?

SANT. Creo otra cosa que te voy a decir con entera crudeza, Ernestina; creo que te interesa ese hombre, como tú has dicho antes.

ERN. *(Se levanta y con un marcado nerviosismo que quiere ser despreocupación, contesta.)* ¿A mí?..., ¿a mí?... Santín, o estás loco o quieres divertirte conmigo. ¡Mira que interesada yo por ese tipo!... Y claro, tú, ejerciendo tu apostolado, quieres hacerme tragar un sermoncito para que no piense más en tu amigo entrañable y se aleje la posibilidad de un futuro matrimonio que te dejase otra vez en situación de reserva... Confieso, Santín, que te creía un poco más hábil; yo suponía que tenías la carrera terminada y acabo de ver que estás en el preparatorio... y para que te suspendan.

SANT. Por lo visto la tormenta viene acompañada de chubascos, y éste, ya pasó.

ERN. Ni pasó, ni dejó de pasar, ¡ea! Ya has conseguido revolucionarme los nervios del todo.

SANT. ¿Y ni aun así te decides a decirme la verdad?

ERN. ¿La verdad? ¿Quieres saber la verdad, no? Pues allá va enterita: me da cierta pena la vida triste y errabunda de tu amigo, que finge constantemente una alegría que está muy lejos de sentir, y me divierte de un modo extraordinario tu actuación de escudero de ese conquistador infernal que tiene un rayo verde destructor en la mirada; él, a enloquecer a las mujeres, y tú, luego, a deshacerlas moralmente: en su vida hay una tragedia, en la tuya hay un sainete. ¿Estás ya satisfecho?... Esa, y nada más que esa, es la verdad de mi pensamiento.

SANT. Tienes razón; acabas de decir toda la verdad: no olvides que al principio de nuestra conversación te dije que eras una niña chica hablando con un viejo, para quien tenías el pecho de cristal.

ERN. No te entiendo. *(Por el foro cruzan, muy amarteladas, las parejas de Petrita y Ricardito; Fifina y Martínez y Cachita y Toto; al verlas, reaparece en Santín el tipo de siempre.)*

SANT. *(A Ernestina.)* ¡Chist!... Calla y mira: todos emparejados; como comprenderás, esto no puede ser: dejar que la gente se case es un crimen; una esposa es la cárcel de un espíritu para toda la vida; un noviazgo es ya el procesamiento con prisión y

sin fianza. De ninguna manera; corro a ejercer mi apostolad ya que tú no necesitas de él. El amor es un niño; pero yo, ant ese niño, me siento Herodes. Con tu permiso, Ernestina; vuelv en seguida; el tiempo preciso para deshacer esos tres matrim nios, y vuelvo. *(Mutis por el foro izquierda, lugar por el que de aparecieron las tres parejas.)*

ERN. ¡Anda con Dios, hombre; anda con Dios!... ¡Lo qu he tenido que resistir para no abrirle mi corazón! *(Va a hace mutis por la derecha, cuando por este término entra Luis.)*

LUIS. ¡Ah, perdón!... Estabas aquí...

ERN. Sí, con Santín, que me hacía reír de muy buena gan con sus humoradas. ¿Y a que no sabes por qué me dejó?... Pue para ir a encizañar a unas parejas amorosas que cruzaron mu amarteladas por la terraza.

LUIS. Es curiosa esa enemiga de Santín a los amores d los demás.

ERN. *(Con intención.)* ¿De todos los demás?

LUIS. No comprendo el alcance de tu pregunta, Ernestina.

ERN. Me lo explico, porque ha sido una niñería ridícula.

LUIS. Te aseguro que ahora lo entiendo menos. ¿Qué m has querido decir?

ERN. Figúrate qué tontería: que si esa enemiga te alcanzab a ti también; pero en el mismo momento de decirlo pensé qu si a Santín le exasperan los amores ajenos, a ti es el amor e sí mismo, como sentimiento humano, el que te pone frenético.

LUIS. Cierto, y para ello tengo mis motivos muy justificados

ERN. ¿De veras?

LUIS. Como que habéis sido las propias mujeres las que m los habéis dado.

ERN. *(Guaseándose un poco de él.)* ¡No me digas!

LUIS. Todas me huís espantadas, y las que llegan a mí, fu gitivas del bien, lo hacen como a la sima del pecado, en que si voluntad, sin fuerza para resistir, vienen a caer. Dijérase qu estaba rodeado de todas las atracciones del mal; a veces piens que soy como las aguas tersas y aceradas de una presa; quie se decide a bañarse en ellas, se hunde en el remolino y se des troza en las turbinas.

ERN. ¡Qué terrible vanidad la tuya! ¡Serías insoportable s no resultases cómico! ¡Quieres fascinarnos, asustarnos con la aguas de plata de tu molino; pero no cuentas con que, si yo pre tendiese bañarme en ellas..., daría un rodeo! Me iría detrás d la presa y, cuando el agua del río se deslizara suave, podría ba ñarme sin peligro alguno, para salir luego pura y sin mancha dejando correr el agua río abajo.

LUIS. No te ofenderás si te devuelvo el calificativo: también eres una gran vanidosa.

ERN. Y contigo, más.

LUIS. ¿Por qué?

ERN. Por ver si, al menos en eso, puedo vencerte.

LUIS. ¡Ah! Luego... ¿estamos el uno enfrente del otro?

ERN. Totalmente.

LUIS. Entonces, ¿un avance de cualquiera de los dos puede ıntarnos?

ERN. Claro que sí; pero... ¿vas a ser tú el que avance?...

LUIS. Yo, no. ¿Tú, acaso?

ERN. Tampoco.

LUIS. Es decir, que...

ERN. ¡Que quién puede preveer el final de este duelo de vaidades!... Y para discreteo ya está bien, ¿no?

LUIS. Por mí... Comprenderás que todo ha sido una broma.

ERN. Espero que tú lo habrás comprendido así también.

LUIS. *(Aparte.)* (¡Esta chiquilla tiene una táctica varonil!)

ERN. *(Aparte.)* (¡Este hombre tiene una astucia femenina!)

Toda la última parte de la escena debe ser dicha cortada y secaıente, contrastando la ceremoniosa sonrisa de los labios con la inención puesta en las frases; los interlocutores son dos enemigos ue se desean, pero en los que puede más la vanidad que la atracción. Al llegar a este punto de la escena, por la derecha, entran sabel y María Luisa.)

ISAB. Nena; María Luisa quería despedirse de tí.

ERN. Pero ¿te vas ya?

M. LUI. Sí, hija; estoy violenta; como Arquímedes es así, an serio, tan retraído, y no quiso venir..., se quedó trabajando olo, con los niños y las criadas... Vosotras me disculpáis, ¿verlad?

ERN. Por Dios, mujer; tú eres de casa.

ISAB. Por eso quisiéramos tenerte siempre con nosotras.

M. LUI. Muchas gracias por todo; pero no os molestéis en alir. Luis...

LUIS. *(Despidiéndose de ella.)* Buenas noches, señora.

M. LUI. Hasta mañana. *(A Isabel y Ernestina.)* Vaya, os mpeñáis en tener cumplidos conmigo.

ERN. ¿Cumplidos?... ¿Quieres callarte?

ISAB. Con su permiso, Luis. *(Mutis las tres mujeres por la zquierda; Luis las ve marchar, mirando muy fijamente a Isabel a Ernestina; se acerca a la puerta por donde han hecho mutis. Hace un gesto de hombre indeciso, suspira, saca un cigarro, le enciende y se sienta a fumarle en un butacón. Cuando está dis-*

traído viendo subir los espirales del humo, aparece por el f(
Santín, sonriente, satisfecho y frotándose las manos de gusto.)

SANT. ¡Admirable! Lo que es una pareja de esas no se ca
He hecho una faena de maestro: oreja, vuelta y cigarros. (*dirige, como al principio, a la caja de los habanos, y coge o par de ellos.*) ¡Nada, que estos habanos, en mi boca, son símbolo! «Romeo y Julieta» que cojo por mi cuenta; a los cir minutos, humo y ceniza... (*Reparando en Luis, al que hasta al ra no había visto.*) ¡Caramba! ¡Tú... y meditando! Oye, ¿est malo?

LUIS. No; ¿por qué?

SANT. Porque, chico, no te concibo huyendo de la gloria los discreteos para sumirte en la soledad de las meditaciones.

LUIS. A lo mejor, ya me va cansando la gloria.

SANT. Y ahora te dedicas a la conquista de la soledad, ¿no? Vamos, que no vas a dejar una.

LUIS. Estás de buen humor. Se conoce que Flor de Lis lleva el carácter.

SANT. ¿Cómo que me lleva? Más: me lleva y me trae. Pe no hablemos de eso, porque tendría que reprocharte, y tú para eres intangible.

LUIS. ¿Te molestó la broma?

SANT. Un leve cosquilleo a flor de piel. Ahora que te supli que no insistas, porque a estas mujeres de cierta edad los de engaños las sientan peor que los baños de mar, y ya conoces refrán...

LUIS. Sí; de los cuarenta para arriba...

SANT. Justo; «ten la bondad de no remojarte el abdómen Además, que resulta muy peligroso jugar con fuego: a lo mej uno inflama en deseos un pecho femenino y, cuando le ha infl mado, no tiene valor para hacer que actúen los bomberos c desvío. Hay que tener en cuenta que todos no somos Luises A modóvar.

LUIS. Querrás hacerme creer que soy único.

SANT. Tanto como eso, no; pero que podías llevar muy bi un tatuaje con las palabras «marca registrada», no te que duda.

LUIS. ¿Y si yo te dijera que hay momentos en que ya n canso de mentir?

SANT. ¿Cómo de mentir? ¿Pero es que eres un sentiment disfrazado de escéptico? No me lo digas, porque sería terrible decepción suponerte un apóstol y encontrarme con que eras vulgar vendedor de específicos amorosos.

LUIS. ¿Y si lo fuera?... ¿Y si estuviese en un momento

i vida en que sintiese como nunca la imperiosa necesidad de
› fingir más?

SANT. Pero ¿qué es lo que estás diciendo?

LUIS. ¡Ay, Santín!... No me conoces; no me conoces.

SANT. ¿A qué viene esa lamentación de Martes de Carnaval?

LUIS. Oyeme: ¿tú has querido alguna vez?

SANT. ¿Qué dices, insensato? ¡Nunca!

LUIS. Lo comprendo; tienes seco el corazón.

SANT. Afortunadamente; seco es el Champagne, y cuanto
ás seco, mejor: más embriagador y más sabroso; seco el ta-
co turco que nos deleita, nos perfuma y nos transporta; seco
sol, ardoroso, agotador, enervante; seca la tierra, producto
ıe absorbe y desea la caricia de las nubes, y seco el corazón que
› vibra ni se afecta, por el que resbalan lo bueno y lo malo.
ıh! Yo no comprendo la humedad de las lágrimas, ni siquiera
de la lluvia; soy reumático por dentro y por fuera.

LUIS. Todo eso, como humorismo, puede pasar.

SANT. ¡Ah! ¿Luego insistes en hablarme seriamente?

LUIS. Tan en serio como quiero que me contestes ahora a
ta pregunta: ¿de verdad no has querido nunca?

SANT. De verdad.

LUIS. Yo, sí.

SANT. ¿Tú?

LUIS. Escucha una leve confidencia, que olvidarás apenas co-
›cida. Yo tenía...

SANT. Agarra el hilo desde lo más cerca posible.

LUIS. Sucedió esto hace varios años; no nos conocíamos tú
yo. Fué una mujer..., ¡toda una mujer!... Más altiva que yo,
ás orgullosa que yo, con más corazón que yo; me gustaba a
biar, me traía loco..., ¡y me venció!

SANT. ¡Infeliz! ¿Estás casado?

LUIS. ¡Ojalá!

SANT. ¿Entonces...?

LUIS. Ya lo has oído: me venció. Fué una pugna de amor
opio en la que, gustándonos los dos, los dos hubimos de callar
r orgullo, y ese orgullo nos derrotó. Ella se casó, fué y es des-
aciada... ¡Una verdadera tragedia sentimental!

SANT. En cambio, tú, vives tan feliz en tu libertad magní-
a; ¡menudo favor te hizo!

LUIS. ¡Quizás!... Acaso tengas razón; fracasé en aquello,
›rque puse entera mi alma; pero desde entonces odio a las mu-
res, gozo con engañarlas, me embriago en su dolor. ¡Si yo te
jera que, en parte, es falsa mi leyenda!

SANT. ¿Eh?

LUIS. Las tiendo mis telas de araña, las envuelvo, las as-

fixio, y luego no me molesto en recolectar el fruto; cuando llega el instante, me acuerdo de aquella otra, y, no sé si es remordimiento o desvío, las dejo ir doloridas y fracasadas.

SANT. ¡Chico! ¡Me dejas para que me sirvan con barquillos!... Bueno; ¿y puede saberse qué acontecimiento ha surgido de repente en tu vida para hacerte variar de un modo tan radical?

LUIS. Que he vuelto a tropezar con otra mujer.

SANT. ¡No me digas más!... ¿Ernestina?...

LUIS. ¡Ernestina!... Tan altiva como aquélla, tan orgullosa como aquélla..., con tanto corazón como aquélla.

SANT. Y tú, incauto pajaruelo, ¿eres el que esta mañana me decía gozoso y risueño: «No temas, Santín; las solteras son la ducha fría que sobrecoge y asusta; las casadas, por el contrario, son el baño tibio y placentero que acaricia y recrea; y yo..., créeme, estoy por la suavidad del baño en pila mejor que por los sustos de la ducha»? ¿Tú?..., ¿tú eres el que me decía eso? ¡Ca, hombre! Tú eres un infeliz que no se baña ni en las aguas termales de un balneario.

LUIS. *(Luego de una leve lucha interior.)* ¡Ea!... Tienes razón: hay que ser fuerte, hay que seguir hasta el final sin desmayar..., hay que vengar en éstas el orgullo de aquélla... Además, que...

SANT. ¿Qué?

LUIS. No, no; nada. Eso ya sería decirte demasiado. Bástete saber que soy el mismo de siempre. «¡La golondrina seguirá siendo un pájaro libre!»

SANT. ¡Bravo!... ¡Así quiero verte! ¡Seco el champagne y seco el corazón! Te reconozco de nuevo.

LUIS. ¡Guerra a la mujer!

SANT. ¡Pero guerra sin cuartel! Con ametralladoras, con aviones, con gases asfixiantes y sin hospital de sangre.

LUIS. Pues a la lucha.

SANT. Aguarda un momento. *(Saca las mandarinas del bolsillo del smoking.)* Vamos ya.

LUIS. Pero... ¿eso qué es?

SANT. Nada; que yo, por si me encuentro con Flor de Lis, llevo preparada la artillería gruesa. *(Mutis los dos por el foro. Por donde hicieron mutis anteriormente, Ernestina e Isabel.)*

ISAB. Tiene razón María Luisa, nena; debías tomar algo para esos nervios; esta noche, sobre todo, estás incapaz.

ERN. Me dices incapaz por no decirme loca otra vez, ¿verdad?

ISAB. Vamos, mujer; no vuelvas con tus mimos de chiquilla mal criada; demasiado sabes tú por qué te lo digo.

ERN. Claro que lo sé; natural que lo sé; porque te ha molestado extraordinariamente mi actitud seria con Luis Almodóvar.

ISAB. Una cosa es la seriedad, Ernestina, y otra muy distinta la violencia.

ERN. Mucho es que no has dicho la grosería.

ISAB. ¡Ea!..., pues si quieres que lo diga, ya está dicho también. ¡Vaya con la niña!

ERN. ¡Cualquiera diría que te duele en lo más hondo que se desprecie a ese botarate!

ISAB. ¿Eh?... ¿Qué has dicho? ¿Qué has dicho?... O mejor, ¿qué has querido decir?... Eres una chiquilla loca que va empezando a insolentarse, y a la que es necesario cortar los vuelos. Si no mirase la intención antes que las palabras era para...

ERN. No, si acabarás pegándome...; si el final será que ese idiota es el hombre más simpático de la tierra, y yo, la niña más imprudente del Universo. ¡Dios mío! ¿Por qué has traído aquí a ese tipo?... *(Rompe a llorar en silencio.)*

ISAB. ¡Vaya! Ya sabía yo que la tormenta acabaría en lluvia. Vamos, vamos; no seas criatura ni seas arisca; déjame que te acaricie. Un beso en la frente, como cuando eras pequeña; las lágrimas que se secan, los ojos que quedan más bonitos que antes, como el cielo después de un chubasco de verano, y Ernestina que se va muy contenta a charlar con sus amiguitas, que la esperan en la terraza. ¿No?

ERN. *(Con mimo.)* Pero ¿no volverás a llamarme loca por ese antipático?

ISAB. ¿Quién se acuerda ya de eso, mujer?... Otro beso más, y como si no hubiera pasado nada.

ERN. ¿No me guardas rencor por mi insolencia?

ISAB. ¿Rencor yo?... *(Suspira hondamente y, pasándose la mano por los ojos, empuja suavemente a Ernestina hacia el foro.)* Anda, anda chiquilla...; anda, que te estarán echando de menos.

ERN. *(Volviéndose desde el centro de la escena va a su hermana y la besa fuertemente. Luego echa a correr y parándose la dice.)* ¡Adiós, hermana!... ¡No! ¡Adiós, madrecita! *(Hace mutis por el foro, cruzándose con Luis, que llega; le mira y se marcha corriendo, riendo a grandes carcajadas.)*

LUIS. ¿Qué le pasa a Ernestina, Isabel?

ISAB. Nervios, Luis, muchos nervios; usted sabrá disculparla.

LUIS. ¡Por Dios!... No hay nada que disculpar: es una criatura encantadora.

ISAB. ¿Usted lo cree así?

LUIS. Se lo aseguro: no sé qué tiene esa chiquilla, qué es lo que me recuerda, qué trae a mi espíritu. Parece que fuese como el espejo de otras horas de mi vida: me presenta imágenes lejanas y adorables.

ISAB. *(Se siente sacudida por un temblor.)* ¿Quiere usted que vayamos en su busca, Luis?... *(Tratando de cortar la escena.)*

LUIS. Un momento, Isabel.

ISAB. *(Temerosa.)* ¿Qué?...

LUIS. ¿Por qué quiere usted irse? Aguardemos aquí. Ellos son la inexperiencia y nosotros la sensatez.

ISAB. Es la primera vez que le oigo hablar en serio.

LUIS. La gente me calumnia: he sido, como todos, un vendaval deshecho en otras épocas de mi vida; ahora, no; puede usted asegurarlo. Y aquí, junto a usted, muy tranquilos y muy serenos los dos, dejaría que pasasen las horas, y los días, y los años... *(Aproximándose a ella.)* Pero me gustaría que hablásemos en voz muy baja: lo que yo le diría a usted, ya lo adivina; lo que usted me respondiese, acaso no rimaría con el momento ni con la verdad. Diría usted unas cosas con los labios y otras con la vibración de toda su carne.

ISAB. *(Levantándose rápida y enrojecida.)* Caballero...

LUIS. *(Recapacitando.)* Perdón, Isabel... Crea en la sinceridad de mi arrepentimiento... Quédese, se lo ruego; quédese y procure serenarse.

ISAB. Tiene usted razón. Perdóneme la violencia. Creo que me ha hablado usted con sinceridad.

LUIS. Con toda la sinceridad, Isabel.

ISAB. Lo reconozco, lo comprendo; usted es bueno.

LUIS. *(Con alegría por ese calificativo.)* ¿Lo cree usted así?

ISAB. Ya lo he confesado.

LUIS. *(Esperanzado.)* Entonces...

ISAB. Ha pasado el momento. Ya puede usted decirme cuanto quiera. Deje usted pasar horas, días, años... El tiempo que esté usted conmigo dejará tranquilos otros corazones femeninos.

LUIS. Suposición, nada más. *(Transición.)*

ISAB. ¿Cuántas novias tiene usted?

LUIS. Todas las que quieran ustedes adjudicarme.

ISAB. ¿De verdad?

LUIS. De verdad, ninguna.

ISAB. ¿Le gusta a usted mi hermana Ernestina?

LUIS. Mucho.

ISAB. ¿Se casaría usted con ella?

LUIS. Sí. *(Silencio prolongado. Isabel queda muda largo rato, como ensimismada.)* ¡Isabel!... ¿Qué le ocurre?... Está usted pálida. ¿Qué le sucede?

ISAB. Nada, por Dios... *(Riendo.)*

LUIS. Es inútil disimular, es inútil fingir. Gracias, Isabel, muchas gracias.

ISAB. Es usted incomprensible. ¿Es usted una buena persona, o es usted un monstruo?

LUIS. Soy como fuí siempre, como era entonces.

ISAB. Calle, Luis. ¿Por qué esa emoción si no es cierta...? ¿Quiere usted que sea yo una nueva víctima? Hablemos claro.

LUIS. Pues bien; hablemos claro, Isabel. Desde que tu orgullo truncó mi vida para siempre, no nos hemos vuelto a ver hasta hace pocos días. Tú, casada, sin felicidad en tu matrimonio; yo, libertino, un don Juan escandaloso, con una historia llena de ignominias. Los dos seguimos siendo los de hace años, los dos sufrimos el mismo dolor. ¿Por qué no terminar de una vez para siempre?

ISAB. Sí, eso, eso, terminemos.

LUIS. ¡Pero juntos!

ISAB. ¡No!... Eso, no, no!...

LUIS. Aquí es imposible que hablemos; mañana, en «La Golondrina»... a las seis...

ISAB. No, no...

LUIS. Sí; lo quiero..., lo mando..., lo suplico... *(Isabel vacila, duda; por fin, resistiéndose aun débilmente, habla.)*

ISAB. ¿Y después?... ¿Qué sucederá después.... *(Por el foro ha aparecido Ernestina y oye el final de la escena, haciendo mutis tapándose la cara con las manos.)*

LUIS. ¡Quién sabe! A lo mejor el «yath» tiene encendidas las calderas, a lo mejor una orden equivocada pone en marcha el barco... A lo mejor, en lo ancho del mar, se abre el camino de felicidad que tú y yo anhelamos. ¿Vendrás?

ISAB. ¿Qué voy a hacer?... Iré..., iré... *(Por derecha Flor de Lis y Santín.)*

FLOR. Isabel, Luis..., las chicas les reclaman: ¡ay! No saben ustedes en qué compromiso acaban de ponerme.

ISAB. Jesús, qué sofocada vienes.

FLOR. ¿Qué quiéres, hija?... ¡Cosas de este Santín, que tiene cada ocurrencia que le sube el pavo a un mozo de escuadra!

SANT. No hagan ustedes caso, ¿eh?... Porque antes he querido subirla el pavo y ella me ha alzado el gallo...

LUIS. Pero bueno... ¿En qué compromiso le han puesto a usted?... Cuéntenos...

FLOR. Casi nada, que ese Toto, que es el demonio, se ha empeñado en que Santín y yo bailemos una pieza.

ISAB. ¿Y qué?

SANT. Nada, que yo la bailo.

LUIS. ¿Y tú eras el que había declarado a las mujeres guerra sin cuartel, y ahora hasta bailas con ellas?

SANT. Claro, pero es que, con lo que yo voy a bailar, puedo seguir en la guerra.

LUIS. ¿Qué?

SANT. ¡Lanceros!

FLOR. Vamos, vengan... vengan. *(Y hacen mutis con San-*

tin por donde han entrado. Isabel apaga la luz central; Luis se aproxima a ella y la toma del brazo.)

LUIS. *(Iniciando el mutis por derecha.)* A lo mejor, en lo ancho del mar, se abre el camino que tú y yo anhelábamos... *(Mutis. Ernestina aparece por el foro descompuesta, llorando rabiosa y desolada. Coge un cuadernito y escribe nerviosamente en una de sus hojas, la arranca y se la guarda en el pecho.)*

ERN. ¡No! ¡No, Luis! ¡Mi hermana es una mujer honrada!... ¡Y yo te quiero a tí!... ¡No!... Yo soy una loca; sí, tenéis razón todos, por eso, por que soy una loca, voy a arreglar todo esto... ¡a lo loco!... *(Hacen mutis por izquierda, corriendo, tropezando con los muebles como si estuviese realmente enloquecida. Dentro se oye una pieza moderna en el piano.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

A bordo de «La Golondrina». La escena representa el interior de una cámara del «yath»; puerta al foro, por la que se ve la borda del barco y perspectiva de cielo; otra a la izquierda, que comunica con los restantes camarotes y dependencias. Mucho gusto y mucha originalidad en la ornamentación escénica; no se olvide que «La Golondrina» acaba de dar la vuelta al mundo, lo que permite que en la cámara que se presenta a los ojos del espectador, tengan cabida los estilos más opuestos, con tal de que se hallen salvaguardados por la belleza o por el arte.

(Al levantarse el telón hállanse en escena Luis y Santín; aquél prepara el camarote con toda coquetería para el momento de su cita con Isabel; Santín, de rodillas en el suelo, trata en vano de colocar artísticamente unas flores en un ánfora del más puro estilo clásico.)

LUIS. *(Que acaba de colocar una tela de vistosos colores sobre una «chaisselongue».)* ¡Ajajá!... ¿Quién había de decirme cuando compré esta tela en Calcuta, que serviría para añadir nuevos encantos a una cita de amor?

SANT. ¿Y quién había de decirme a mí, cuando compraste este cacharro en Atenas, que iba a tener la virtud de ponerme nervioso con la colocación en él de una docena de flores?

LUIS. Porque eres de lo más torpe que he conocido.

SANT. Porque esto es dificilísimo, hombre; tú me das a mí las flores, para que yo las esparza por el camarote, y te dejo esto que es la Rosaleda del Retiro; pero me las das con el

encargo de que te las coloque artísticamente en este ánfora, y ya lo ves, hago el ridículo.

LUIS. Insiste, insiste, que tú en el fondo eres un artista. *(Sentándose..)* ¡Ah!..., ¿quieres crees que estoy cansado?

SANT. No lo dudo, porque yo estoy rendido. ¡Bueno! Y se acabó la tarea; si está bien así, me alegro, y si no, telegrafías al «Tulipán verde» y que te manden una dependienta, porque yo no sé hacer más.

LUIS. ¿Qué hablas?... Si eso es una preciosidad. ¡Cuando yo te decía que eras un artista! *(Pone las flores sobre el mueble.)*

SANT. *(A Luis, que ha encendido un cigarrillo.)* Pero, hombre, por Dios, no fumes, que vas a poner esto imposible de olor...

LUIS. Si para eso lo hago precisamente; ¿tú concibes una cita amorosa de buen tono sin que el nido huela a opio y a rosas?

SANT. Chico, eres un sibarita.

LUIS. Me querrás hacer creer que tú no has cuidado estos detalles en tus entrevistas galantes.

SANT. Te lo juro; sólo una vez se me ocurrió rociar un sofá con «pachulí», y si me descuido, me cuesta un disgusto gordo.

LUIS. ¿Por qué?

SANT. Porque se lo olió el marido de la dama en cuestión, y desde entonces decidí que mis citas femeninas fueran como el agua; sin olor, ni color; porque el color, también, a veces trae disgustos, sobre todo si es rojo y de los labios...

LUIS. Eres tan pintoresco como divertido... Oye, ¿qué hora tienes?

SANT. Las seis menos veinte; todavía faltan veinte minutos; tienes tiempo de inventar una nueva diablura con que sorprender a tu conquista.

LUIS. *(Que se ha tumbrado en la «chaisselonge.»)* Ahora estará en el tennis..., luego irá al Victoria-Palace... a bailar.

SANT. Pero..., ¿de quién estás hablando?

LUIS. *(Con un suspiro.)* ¡De Ernestina!

SANT. Ay..., ay..., ay..., ay... Tú no estás bien de la cabeza. ¿De manera que tienes citada aquí a Isabel, y te estás acordando de su hermana?

LUIS. ¿Y qué tiene que ver una cosa con otra?

SANT. Si has citado a Isabel con ilusión, lo lógico es que pienses en ella... Y si piensas en Ernestina...

LUIS. Pues sí, Santín, sí; pienso ahora sólo en Ernestina; no olvides lo que ya en alguna otra ocasión te he dicho: cuando llega el instante me acuerdo de la otra, y las dejo ir, doloridas y fracasadas... No sé, no sé. Me repugna pensar en Isabel, adúltera. Soy español y celoso. Ella es de su marido, y sus caricias serían robadas al otro. No serían mías sólo.

SANT. Es decir, que Isabel..., ya no te ilusiona.

LUIS. No sé, no sé... Creo que ya empieza a pesarme el haberla citado aquí. Ernestina es como ella..., ¡y no ha sido de nadie!

SANT. ¿Hubiera sido preferible citar a Ernestina, no? Una muchacha soltera, que luego, como es natural, había de tener sus pretensiones.

LUIS. Dejemos eso a un lado, te lo suplico; y ya que hablas de mujeres y solteras..., ¿cómo va tu idilio con Flor de Lís?

SANT. ¡No me la recuerdes, chico! Me obligó anoche a jurarla que miraría a la Osa mayor a las dos menos diez de la madrugada.

LUIS. ¿Y tú?

SANT. Se lo juré, y lo que es peor, a las dos menos cuarto ya estaba con los ojos fijos en la Osa.

LUIS. ¡Tiene gracia!

SANT. Pues a mí maldita la que me hace; como que si hoy estoy contento es porque sin salir de aquí en todo el día, no hay forma de que nos veamos; pero no te creas que por eso me deja en paz, que esta mañana ya he tenido una carta suya.

LUIS. ¡Ah, sí! ¿Y qué te dice?

SANT. Que esta noche, a las doce y media, mire al caminito de Santiago; fíjate... *(Leyendo en un papel que saca del bolsillo.)* «A las doce y media acuérdese usted del refrán, amigo Santín: «arrieritos *semos* y en el caminito nos encontraremos».

LUIS. Vamos, que la ha tomado con el firmamento.

SANT. ¡Cuando yo decía que esa mujer me iba a hacer ver las estrellas!

LUIS. ¡Y pensar que después de esas palabras, a las doce y media estarás mirando al cielo!

SANT. Pero Señor..., ¿por qué no se nublará esta noche? *(Por el foro, un Criado, de marinero, que habla desde la puerta.)*

CRIADO. Con permiso de los señores...

LUIS ¿Qué ocurre?

CRIADO. Debo advertir a los señores que al costado del «yath» acaba de atracar un bote.

LUIS. *(Rápido pónese en pie de un salto.)* ¡Ella!

SANT. ¿Ya?

LUIS. Es una señora sola, ¿verdad?

CRIADO. No puedo precisar; pero me atrevería a asegurar al señor que en el bote vienen varias personas.

LUIS ¿Eh?

SANT. Mira que si fueran unos pelmazos...

LUIS. No tendría ninguna gracia, te lo aseguro.

ERN. *(Dentro.)* Por aquí, por aquí...; venid por aquí, que ya daremos con ellos.

LUIS. ¡Es la voz de Ernestina!

SANT. Así parece.

LUIS ¡Qué complicación más inesperada! *(Se oyen nuevamente dentro risas y rumores; a punto de que Luis y Santín van a salir, aparece por la puertecilla del foro Ernestina, seguida de Flor de Lis, Petrita, Fifina y Cachita. El Criado hace mutis.)*

ERN. ¡Dios salve a los intrépidos marinos!

SAT. (¡Lo veo muy difícil!)

LUIS. Pero, chiquillas, ¿esto, qué significa?... ¿Cómo vosotras aquí?... Explicadme.

FLOR. Acaso este abordaje piratero les parezca a ustedes una locura que sólo los pocos años pueden disculpar; pero crean que ha sido un impulso tan inocente como espontáneo el que nos ha empujado a venir.

PETR. Estábamos jugando en el jardín del hotel de María Luisa, cuando de repente dice Ernestina: «¿Os atreveríais a que nos fuésemos a «La Golondrina» para sorprender a Luis y a Santín, y que nos convidasen a una taza de té?»

FLOR. Como, según dicen, lo tienen ustedes legítimo de la China... *(Con intención esta frase, que es coreada por la sonrisa de todas y una pícara tosecita de alguna que otra.)*

FIFI. Y dicho y hecho; salimos corriendo sin decirle nada a nadie, llegamos al puerto...

CACH. Ajustamos un bote, saltamos a su interior...

FLOR. Y, boga que te boga, en diez minutos hétenos aquí.

ERN. Conque, ¿qué os parece la audacia de estas argonáutas femeninas?

LUIS. *(Desmintiendo con el gesto lo que dice con la voz.)* Muy bien..., ¿verdad, Santín?

SANT. Admirablemente, ya lo creo.

ERN. No me hagáis sospechar que os ha disgustado nuestra llegada, porque entonces...

SANT. *(A Luis, aparte.)* (Dilas que sí, a ver si así se marchan).

ERN. Porque entonces nos convidamos aquí a comer. *(Todas corean con una franca carcajada esta salida.)* ¡Ea!... Y no os quedéis tan parados ni tan sosos; haced los honores del barco... Como comprenderéis, hemos venido a verlo todo; ¡nos han contado tantas cosas de «La Golondrina»!... Y si no, no os mováis; es mejor. Nosotras mismas visitaremos desde el sollado hasta el palo de mesana... ¡El que no se arriesga, no pasa la mar!... Seguidme, compañeras, y siempre adelante... *(Entre risas y alegría hacen mutis por la puertecilla de la izquierda todas, menos Flor de Lis, que, sin que nadie lo notara, ha ido a sentarse al fondo de la escena.)*

LUIS. *(A Santín que le mira asombrado.)* Ve con ellas, Santín; no las dejes solas; son unas locas y no pueden hacer mas que locuras.

SANT. *(Saliendo deprisa por izquierda.)* ¡Eh, niñas! ¡Niñas!

¡que hay perros! Si ahora se hundiera el barco, qué felicidad. Porque esa mujer no debe saber nadar... *(Mutis.)*

LUIS ¡Qué contrariedad! ¡Y qué fastidio! *(Se vuelve con ánimo de hacer mutis por el foro, y entonces se fija en Flor de Lis, quedando asombrado del encuentro.)* ¿Eh?... ¿Usted aquí sola? ¿Cómo no ha ido con todas sus amigas?

FLOR. Perdón, amigo Luis; de sobra sé que esto es una osadía incalificable, pero a su caballerosidad me confío.

LUIS. Hable, hable sin miedo.

FLOR. No se deje llevar del corazón, Luis, se lo suplico; yo sé lo que es un hombre enamorado... pero, por Dios, le ruego que ahora se olvide del sentimiento que le domina... y me respete como lo que soy, como una señorita, irreflexiva, alocadilla si usted quiere, que estos y otros son atributos propios de la juventud, pero de una dignidad que no puedo olvidar que mi abuelo murió en Cavite y que papá perteneció al noble Cuerpo de los Milicianos nacionales.

LUIS. Señorita, por Dios, serénese, tranquilícese, ya la escucho.

FLOR. *(Que se ha sentado los más lejos posible de Luis.)* Yo quisiera que usted me comprendiese con pocas palabras, a ser posible con un laconismo telegráfico; mi deseo es evitar la tragedia, mejor dicho, las dos tragedias; porque son dos las que pueden tener lugar si usted no coloca la cabeza sobre el corazón, aunque no se me oculta que cuando un hombre por culpa del corazón pierde la cabeza, no sabe donde poner la cabeza ni dónde poner el corazón.

LUIS. (Esta mujer debe tener el secreto de la extraña visita.) *(Se acerca más a Flor de Lis.)* Hable usted, Flor, pronto. Sus palabras me tienen sobre un volcán de impaciencias.

FLOR. No se aproxime, Luis; estamos solos, el hombre es fuego, la mujer estopa y usted acaba de confesar que está sobre un volcán. Además, viéndonos tan cerca, sabe Dios lo que pudiera pensar la marinería.

LUIS. Bien, pues a la distancia que usted quiera, no deje pasar ni un momento más sin decirme a qué ha venido.

FLOR. Lo sé todo, Luis. *(Con un cómico rubor que dé al público la medida de la situación, pero que permita a Luis aceptar la posibilidad del equívoco.)*

LUIS. ¿Todo?

FLOR. Absolutamente, y, aunque ello me cueste una violencia extraordinaria, tengo que decirle de una manera terminante que eso no puede ser; usted no debe alimentar ninguna esperanza...

LUIS. ¡Oh, no! De ninguna manera... Eso, ¿por qué?

FLOR. No es desprecio, Luis. Acaso si usted hubiera llegado antes...

LUIS. Pero sabiéndolo todo, ¿ignora usted que esta pasión mía tuvo su origen hace muchos años?

FLOR. (¡Santo Dios!... ¿por qué me has tenido en la higue-

ra, como se dice vulgarmente?) Sin embargo, usted debe comprender que estando ya comprometida con otro...

LUIS. Si ese es precisamente el mayor incentivo de mi pasión, porque si ese otro hombre fuese digno de que se le respetase, si la respetara él mismo no haciéndola de menos con otras mujeres, lo comprendería; pero cuando la tiene abandonada, cuando la engaña, no tiene justificación posible ese escrúpulo ni ese temor.

FLOR. ¡Ah! ¿Pero usted cree que Santín?...

LUIS ¿Cómo Santín?

FLOR. Sí, Luis, sí; el otro es Santín.

LUIS. Pero no, si eso es imposible.

FLOR. Como se lo aseguro: ¿no le ha visto usted anoche, a las dos menos diez mirando a la Osa mayor?

LUIS. ¿Eh?

FLOR. Pues se es nuestro medio de comunicación nocturna; cada noche pelamos mentalmente la pava en una constelación; anoche nos tocó pelar la pava en la Osa.

LUIS. (Pero, ¿qué lío espantoso ha armado esta solterona?...) Es decir, que entonces usted me estaba hablando...

FLOR. Con el corazón en la mano. Ahora que, con lo que usted acaba de decirme, con esa eclosión espontánea de su alma inflamada por el amor, entre él y yo todo ha terminado, ¡todo!

LUIS. No, Flor, escúcheme...

FLOR. ¿Para qué? Bastante me ha dicho ya: que no me respeta, que me engaña, que me hace de menos con otras mujeres...

LUIS. La advierto que...

FLOR Comprendo que ahora trate de quitar retama a la hoguera, pero ya es tarde; le diré lo que cumple al caso y después de guardarle un prudente luto moral, veré si me decido a aceptar su cariño, Luis; queda usted en turno.

LUIS. Es que yo...

FLOR. Nada; ni una palabra, ni un reproche ni una justificación; allá tras de las aguas procelosas, el silencio; aquí, en medio del Océano, el silencio también. Se lo suplico: nada en la tierra, nada en el mar.

LUIS. *(Deseando terminar la violenta situación.)* Se cumplirá su deseo, Flor de Lis.

FLOR. Y gracias por su buena intención; muchas gracias. Ahora permítame que vaya en busca del que ha destrozado mi corazón lo menos para mes y medio; le encuentre donde le encuentre, le arrojaré a la cara mi desprecio.

LUIS. Seguramente le hallará usted en la bodega obsequiando a las muchachas con una copa de N. P. U.

FLOR. ¡Vea usted que paradójico contraste el de ese hombre! Para las demás N. P. U., y para mí, R. I. P. *(Le hace una reverencia, y mutis por la izquierda.)*

LUIS. ¡Por esta maldita vieja he estado a punto de descubrirlo todo como un colegial!... Y a buen seguro que este lío ridículo es obra del propio Santín, que Dios confunda: ¡si no fuera por lo que es!... Pero imposible, no puedo entretenerme, acaban de dar las seis y esa mujer estará al llegar: corro a prevenir una posible sorpresa. *(Va muy decidido a salir por el foro, cuando en la puerta que hay en él, aparece, cubriéndola con su cuerpo, e impidiendo, por lo tanto, la salida, Ernestina.)*

ERN. *(En tono humorístico, no exento de nerviosidad.)* ¡Quieto señor mío! ¡Es usted mi prisionero!

LUIS. ¿Aún persiste la broma?

ERN. *(Todavía en el dintel de la puerta.)* Ernestina está loca, y como a los locos hay que darles siempre la razón, y como además Ernestina es una señorita y en ti hay que suponer un caballero, no hallo otra solución que soportar a Ernestina, ¿verdad?

LUIS. *(Vencido por el aplomo, por la seguridad de la muchacha que con las últimas frases se ha adentrado ya en la cámara.)* Bien. Soportaremos a Ernestina, si no encuentras otra solución mejor.

ERN. ¡Irme del «yath»! ¿Esta es la solución a que has querido aludir? Pues no la acepto: tú eres hospitalario y galante: ya hemos supuesto que se trata de un caballero...

LUIS. ¿Vienes con el simple propósito de decirme cosas desagradables o a qué vienes, Ernestina?

ERN. *(Con una equívoca sonrisa, que tanto puede traducirse por irónica como por compasiva.)* ¿No lo sabes? ¿No te lo figuras a lo menos? ¿No te lo he dicho yo misma a nuestra entrada?... Me ha traído aquí la curiosidad, y supongo que no has de ser tan cruel que me dejes con las ganas de ver por mis propios ojos los misterios de este barco. *(Comenzando a curiosearlo todo.)*

LUIS. Habré de fingir que te creo. *(Se sienta pacientemente en conveniente lugar de la escena.)* No te parecerá descortesía que no te acompañe en la visita y que me siente a aguardar con resignación...

ERN. ¡Ca, no te apures por eso! *(Curioseando.)* ¡Qué bonito muñeco!... ¡Qué hermosa mujer!... ¡Y qué lindas flores! *(Volviéndose.)* ¿Sabes, Luis, que tienes este camarote preparado como para una cita de amor?... *(A Luis le produce esta frase el mismo efecto de una descarga eléctrica; va a responder, creyendo que aquél es el principio del fin, cuando Ernestina, quitando con palabra y gesto toda importancia a lo que ha dicho, se aproxima a él, despistándole de nuevo.)* Quítate de aquí, ¿quieres?... Voy a admirar a mi gusto este rinconcito.

LUIS. *(No sabiendo si indignarse o resignarse, se levanta, obedeciendo.)* Si prefieres que te deje sola y me vaya a cubierta...

ERN. *(Rápida, enérgica, descubriéndose ya en parte.)* ¡No! ¡Eso no!... quédate aquí. *(Pequeña pausa.)* Tú tienes una terri-

ble duda, la de que no sabes qué pensar de mi actitud. ¿Soy en verdad una loca?... ¿Tengo más sentido del que parece?

LUIS. Si has de continuar por ese camino, sigue saciando tu curiosidad en el barco. ¿O es que también quieres entrar dentro de mí para enterarte de lo más íntimo de mis sentimientos y de mis ideas?... Sería demasiado; eso no he querido yo hacerlo conmigo mismo, ¿cómo quieres que franquee a nadie el puente levadizo de mi torre de marfil?... ¿No comprendes que acaso viese con terror que dentro de mí había monstruos despedazándose?... ¿No te das cuenta de que, a lo mejor, en mi pecho hay un terrible fuego que todo lo devora, y que si entra el aire exterior pueden salir las llamas y destruirse del todo mi castillo encantado?...

ERN. *(Perdiendo aún más que antes la tranquilidad; avanzando en el camino de la verdad todo lo que retrocede en el del engaño.)* ¡Todo eso es mentira!... Palabras que son mentiras... Actitudes que son falsas...

LUIS. ¡Ernestina! *(Asombrado de la respuesta que acababan de tener sus palabras.)*

ERN. Sólo una verdad has dicho. Monstruos, sí: mostruos tienes dentro de tu alma, pero salen fuera de ti y hay que exterminarlos.

LUIS. *(Ya no como asombro, sino como reproche, como reconvención un poco enérgica):* ¡Ernestina! *(Excitada por su lucha interior, quizá un poco rabiosa, Ernestina se ha vuelto de espaldas a Luis y se limpia en silencio unas lágrimas; él, que lo advierte, la interroga.)* ¿Estás llorando?... ¿Y por qué?

ERN. *(Separándose con violencia.)* ¡No me toques!... ¡Aparta!...

LUIS. *(Ensimismado, abrumado por la duda que los diversos matices del carácter de ella hace nacer en su alma.)* ¿Qué es esto?... ¿Un ataque de locura?... ¿Un tesoro de bondad?... ¿Algo más profundo y más grande?... *(Reaccionando y a Ernestina.)* Vete, Ernestina, vete. Suponte que estamos al borde de un precipicio donde me llevan mis extravagancias, o mis dolores, o mis anhelos... Suponte que veo el peligro y por eso te mando apartarte de él. ¡Vete!

ERN. ¿Me echas?

LUIS. No. Te pido simplemente que te vayas. Me estás colocando en la situación más extraordinaria de mi vida.

ERN. *(Cara a cara: toda franqueza.)* ¡Y tú a mí, también!

LUIS. *(Afrontando resueltamente la situación y diciendo la frase con energía, pero sin violencia.)* ¡Habla de una vez!

ERN. Sí, tienes razón; es preciso. A lo mejor confundes un amor con otro amor; puede que tu vanidad pueril y ridícula me crea celosa... ¡Celosa!... No, Luis, no. Tú sospechas que lo sé todo, acaso estás creyendo que he venido a hacer una horrenda traición y sientes la voluptuosidad de un doble juego; rendir a la

casada y aprovechar los supuestos celos de la soltera.. ¡ Bonita aventura para una novela! Hablemos claro, Luis; yo no sé si mi hermana vendrá o no a la cita; pero antes llegó Ernestina, para detenerla, para evitar que caiga en los brazos de un salteador de corazones.

LUIS. *(Con infinita amargura, insospechada para ella.)* ¡Qué equivocada estás!... Yo también voy a hablarte claro.

ERN. Lo exijo.

LUIS. Te complazco. Me desconoces en absoluto, me crees un vulgar aventurero amoroso, y no sospechas que toda mi historia es oropel y engaño; porque en mi corazón no hay mas que un nombre de mujer que destroza mi vida. Ignoras que un orgullo mal entendido, una independencia de carácter, verdaderamente salvaje, unas consideraciones absurdas han detenido mi palabra cuando iba a brotar ansiosa...

ERN. *(Que confusamente cree adivinar que aquél nombre es el suyo; pero se resiste a dar paso a esta idea.)* No creo, no.

LUIS. *(Más íntimo, más acariciador, aproximándose a Ernestina.)* Sí, cree... cree... Es una mujer hermosa, una mujer buena, pero altiva, irreductible. Yo la quiero como nunca quise, como nunca podré volver a querer... Ella lo es todo para mí; hablo claro, Ernestina. Por rendir su altivez he empleado todos los subterfugios, todos los desdenes; he mentido amor a muchas mujeres... Ella sabe que yo la quiero... *(Con absoluta seguridad y mirando a los ojos a Ernestina.)* y ella me quiere también...

ERN. *(Que huye, confusa, al otro extremo de la escena.)* Yo no... yo no... *(Aparte.)*

LUIS. ¿Por qué no has de dejerme que sea feliz?

ERN. *(A punto de declararse ya vencida.)* ¿Hablas de verdad, Luis?

LUIS. ¡Te lo juro!

ERN. Entonces... mi hermana... la cita... ¿Tú no la quieres, verdad?... ¿Era todo por vencerme a mí?

LUIS. *(Espantado de la conclusión a que les ha llevado la escena, cubriéndose los ojos con las manos.)* Ernestina... Ernestina... *(Imponiéndose el deber de no matar la ilusión de la muchacha y dando la sensación de que «se come» las palabras que pugnan por salir de su boca.)* No puede ser... no puede ser... *(Avanza hacia ella, que continúa de espaldas, la coge con fuerza ambas manos, y mirándola franca, resueltamente, la dice:)* ¿Estás loca, estás enamorada, o eres un tormento más?

ERN. *(Vencida del todo y abriendo por completo su corazón, tras de una brevísima pausa de duda.)* Bueno o malo, sincero o mentiroso, confieso mi debilidad. Esa mujer, ese orgullo, míralos rendidos ante ti. Y como hay una Providencia, si el bien que creo ver es mal, si la felicidad que espero es desgracia, sobre ti, sobre tu alma y tu cuerpo, caerá el castigo. Pero tú no querías a

mi hermana, ¿verdad? Era el cebo para mí, el medio de abatir mi altivez, ¿no es cierto?... Ya lo ves, estoy celosa, estoy loca, adoro a mi hermana, pero quiero que se marche con su marido, lejos, muy lejos de nosotros...

LUIS. *(Que después de escuchar la confesión de Ernestina, se ha separado de ella un instante.)* ¡Ernestina!... ¡Isabel!

ERN. *(Yendo rápida hacia él y cogiéndole, como él antes, de las manos.)* ¡Isabel, no!... Ernestina para siempre, al bien o al mal, a la locura definitiva... *(Con dulce reproche.)* ¿Por qué no has hablado antes, dí?

LUIS. *(Resumiendo toda la escena en esta frase que es su verdad definitiva.)* Porque acaso entonces no fuese verdad; porque hasta ahora no he visto tú corazón, Ernestina. *(Hay una pausa que hace más interesante el tono de la luz exterior, difuso con los últimos rayos del crepúsculo; por la puertecilla del foro se ve a lo lejos morir el sol, hundiéndose en el mar en un ocaso rojizo. Sobre esta puerta dibújase de nuevo la silueta del criado. A su primera palabra sepáranse Ernestina y Luis, volviendo a la realidad; él enciende la luz del camarote.)*

CRIADO. Si el señor me permite...

LUIS. ¿Eh?... Ah, eres tú..., ¿qué hay?

CRIADO. Una señora...

ERN. ¡Mi hermana Isabel!

CRIADO. Ese ha sido el nombre que ha dado.

LUIS. ¡Isabel aquí! ¡Era inevitable!... Hazla aguardar un momento sobre cubierta. *(Mutis Criado.)*

ERN. ¿Qué vas a hacer?

LUIS. *(Nervioso, desentendiéndose de las palabras de Ernestina a la puerta del lateral.)* ¡Santín! ¡Santín! ¡Es preciso salvar con dignidad esta situación difícil! ¡Santín!

ERN. *(Riendo.)* No te alteres, hombre; ten calma; Isabel no viene a buscarte, sino a buscarme a mí.

LUIS. ¿A ti...? ¡Qué locura!

ERN. Sí; una locura pequeñita, con la que he logrado evitar otra mayor. *(Por lateral izquierda, Flor de Lis y Santín.)*

SANT. Pero hombre..., ¿qué voces son esas? ¿Hay fuego?

FLOR. ¿Hay peligro de abordaje?

LUIS. Hay, Santín...

SANT. ¿Relatas, o suspiras?

LUIS. Relato. *(Aparte.)* (Hay, que Isabel acaba de llegar a «La Golondrina».)

SANT. ¡Relata!

LUIS. Ya lo estoy haciendo.

SANT. No; si lo mío ha sido interjección. *(Siguen hablando.)*

FLOR. Pero ¿pasa algo, Ernestina...? Tantas idas y venidas, tantas vueltas y revueltas..., no ocultéis la verdad..., ¿corremos

algún peligro acuático...? ¡Sería espantoso que aguasen mi felicidad naciente!

ERN. No temas, mujer; nunca hemos pisado ninguno tierra más firme que ahora. *(Siguen hablando.)*

SANT. Chico, perdona que te diga que estás para una camisa de muchísima fuerza: ¿cómo quieres que yo la diga eso?

LUIS. Pues si no es eso, otra cosa; tú díla algo; algo que nos salve a todos.

SANT. ¿Te parece bien que se vaya por donde ha venido?

LUIS. Me parece una grosería.

SANT. ¿Prefieres que entre aquí?

LUIS. Lo juzgo una temeridad.

SANT. Pues comprenderás que sobre cubierta no va a estarse toda la vida.

LUIS. ¿No te he dicho ya que seas tú quien lo arregle?

SANT. Es decir..., ¿que me das un voto de confianza?

LUIS. De toda confianza.

SANT. Entonces..., ¡al agua, patos!... Yo no sé como, pero yo lo resuelvo todo satisfactoriamente. *(Medio mutis.)* ¡Ah!... Si oyes un grito de «¡hombre al agua!», sal en seguida; es que Isabel me ha tirado al mar. *(Mutis foro.)*

FLOR. *(A Luis.)* ¿Dónde va Santín, Luis?

LUIS. No tema usted por él; ha salido a cumplir un encargo mío.

FLOR. Pero, por Dios, que yo me entere. ¿Pasa algo?

ERN. Tranquilízala, hombre; lo menos cree que estamos en peligro de hundirnos.

LUIS. De hundirnos, no; pero de volar, puede...

FLOR. ¡Jesús!... Mi felicidad por el aire.

LUIS. Este es uno de los inconvenientes que tiene jugar con el cariño de los hombres.

FLOR. ¡Oh!... ¡Sí!... ¡Ahora lo comprendo todo!... ¡Ya, ya lo veo claro!... Me juzga usted voluble; acaso ha pensado usted con Rigoletto: «*La donna e mobile cua piuma al vento...*» Pero no; yo le juro que no he podido llegar a la ruptura; ese hombre me subyuga con sus zaragaterías, ¡ah!..., pero nosotros sabremos respetar su dolor, Luis; no volverá usted a vernos para no lacerar con nuestra felicidad triunfante su corazón herido.

ERN. ¿Eh...? Pero ¿qué dices, Flor de Lis...? Que yo me entere: ¿pasa algo...? *(Bromeando.)*

LUIS. *(A Flor.)* ¡Ea! ¡Sépalo de una vez... Pasa que Isabel, enterada sin duda, de la presencia de ustedes en este sitio, acaba de llegar en busca de su hermana; pasa que estas locuras, siempre se pagan caras.

FLOR. ¡Ah, qué espanto!... Veintinueve años y medio de intachable conducta, y al borde de la treintena, tropiezo; pero,

afortunadamente, no caigo; Santín me sostendrá... vamos al decir.

ERN. No te apures, mujer; si contigo no va nada.

FLOR. ¡Va todo y no va más!

ERN. Menos mal que lo ha tomado a juego. *(Por el foro, Santín.)*

SANT. *¡Ritorna vincitore!* ¡Todo arreglado!

ERN. ¿Eh?

LUIS. ¿De veras?

SANT. Como lo oyes; pase usted, Isabel... *(Aparte.)* (¡Soy el único para los momentos difíciles!) *(Por el foro, Isabel.)*

ISAB. *(Midiendo a Luis con una mirada que lo dice todo.)* ¡Caballero...! Ernestina, ¿qué has hecho?

ERN. ¡Isabel...! Hermanita buena..., madrecita mía, no me riñas..., perdóname.

FLOR. Sí, amiga mía; perdónanos; yo no quería; pero el amor fué más fuerte que yo; tan fuerte, que aún le quedan ímpetus para llevarme hasta las gradas del altar.

ISAB. Pocas palabras; no es ocasión de ellas. Sepan ustedes que yo, ignorante de esta aventura, acabo de enterarme de ella por mi propio esposo, que ha llegado hace una hora de Madrid, justamente alarmado por este telegrama, que si en principio pude juzgar una broma pesada, ahora veo que era, por desgracia, la expresión de una realidad.

LUIS. *(Leyendo el telegrama.)* «Locura Ernestina llevóle «yath» Luis Almodóvar. Ven primer tren sin falta. Isabel.» *(Mirando a ésta.)* Isabel... *(Mirando a Ernestina.)* Ernestina...

ISAB. Porque la actitud de mi marido era violenta, he logrado detenerle y venir yo sola. Entró usted en nuestro hogar juzgándole un caballero: él y yo confiamos en que ha de proceder usted en forma tal que le haga de nuevo acreedor a ese nombre.

LUIS. Sé cuál es mi obligación, y la cumpliré: tengo el honor de pedir a usted la mano de Ernestina.

SANT. *(Aparte.)* (¡El quinto que se me casa! En cuanto se enteren las madres me hacen novenas como a San Antonio.)

FLOR. *(Aparte.)* (¡Gracias a Dios que voy enterándome de lo que pasa!)

ERN. La mano de Ernestina, que también tiene boca, y que por tenerla quiere decirte, que esto no ha sido sino una locura sin trascendencia: ¿que me encuentras en un camarote de «La Golondrina», acompañada de su propietario, el famoso, el terrible Luis Almodóvar? En efecto; pero no a solas, sino rodeada de las amigas que me acompañaron. Es decir, que la cosa no es para alarmarse tanto, mucho más si yo te digo que con ésta, mis locuras han terminado.

LUIS. Pero... ¿y el telegrama?

ERN. *(Aprovechando que Flor y Santín se arrullan tiernamente, coge de la mano a Isabel y Luis, y en tono íntimo les dice.)* Lo puse yo misma anoche: ¿no lo habéis sospechado todavía? Los tres sabemos que era la única solución para tu felicidad y para la mía. *(Isabel baja la cabeza, y Luis tiene un gesto de admiración para Ernestina.)*

LUIS. Estoy esperando una respuesta a mi petición.

ISAB. ¿Usted quiere a Ernestina, Luis?

LUIS. Con toda mi alma, porque es buena y porque ante el amor ha sabido dominar su altivez y su orgullo. *(Mirando fijamente a Isabel.)*

FLOR. Lo mismo que he hecho yo... Somos gemelas.

ISAB. Pues cásese usted con ella y hágala muy feliz. *(Por la puerta de la izquierda hacen salida Petrita, Fifina y Cachita.)*

PET. ¿De veras?

FIF. ¡Ernestina!

CACH. ¡Chiquilla! *(Todo esto, simultáneo, y rodeándola. Santín se pasea a lo largo de la escena, silbando.)*

LUIS. *(A Santín.)* Ya lo has oído: me caso.

SANT. ¡Bueno! *(Encogiéndose de hombros.)*

LUIS. ¿No te importa?

SANT. Menos que un billete de Cuatro Caminos.

ERN. Ahora verás. *(A Santín; le coge de la mano y avanza con él.)* Tengo que decirte dos palabras, Santín. No quiero que vivas con nosotros...

SANT. Perdona un momento. Luisito, hijo, escucha; yo lo siento mucho, pero mi mujer no quiere que vivas con nosotros; sostiene que cada hombre debe crearse un porvenir con su propio esfuerzo, y yo, sintiéndolo mucho, me veo obligado a separarte de mí.

LUIS. Esto quiere decir...

SANT. Que he madrugado yo más, y que antes que la tuya, he arreglado mi boda con Flor de Lis.

TODOS. ¡Bien...! ¡Bravo...! ¡Vivan los novios!

FLOR. Sí, Luis; perdóneme usted; me han vencido su desesperación y su arrepentimiento.

SANT. Si no es por Espronceda, ¡me luzco!

FLOR. Todas las noches, a las tres y media, Santín mirará a la luna sideral, hasta que pueda mirar eternamente a la otra luna: la de miel.

SANT. Ya tengo un porvenir: ¡astrónomo! *(Todos, menos Isabel y Ernestina, rodean a Flor y Santín, dándoles la enhorabuena.)*

ISAB. *(Que está en primer término, con Ernestina.)* Gracias, hermana mía; tu locura me ha salvado.

ERN. ¡Quiera Dios que me haya salvado a mí también!

TELÓN


EDITORIAL
SIGLO XX
MADRID